

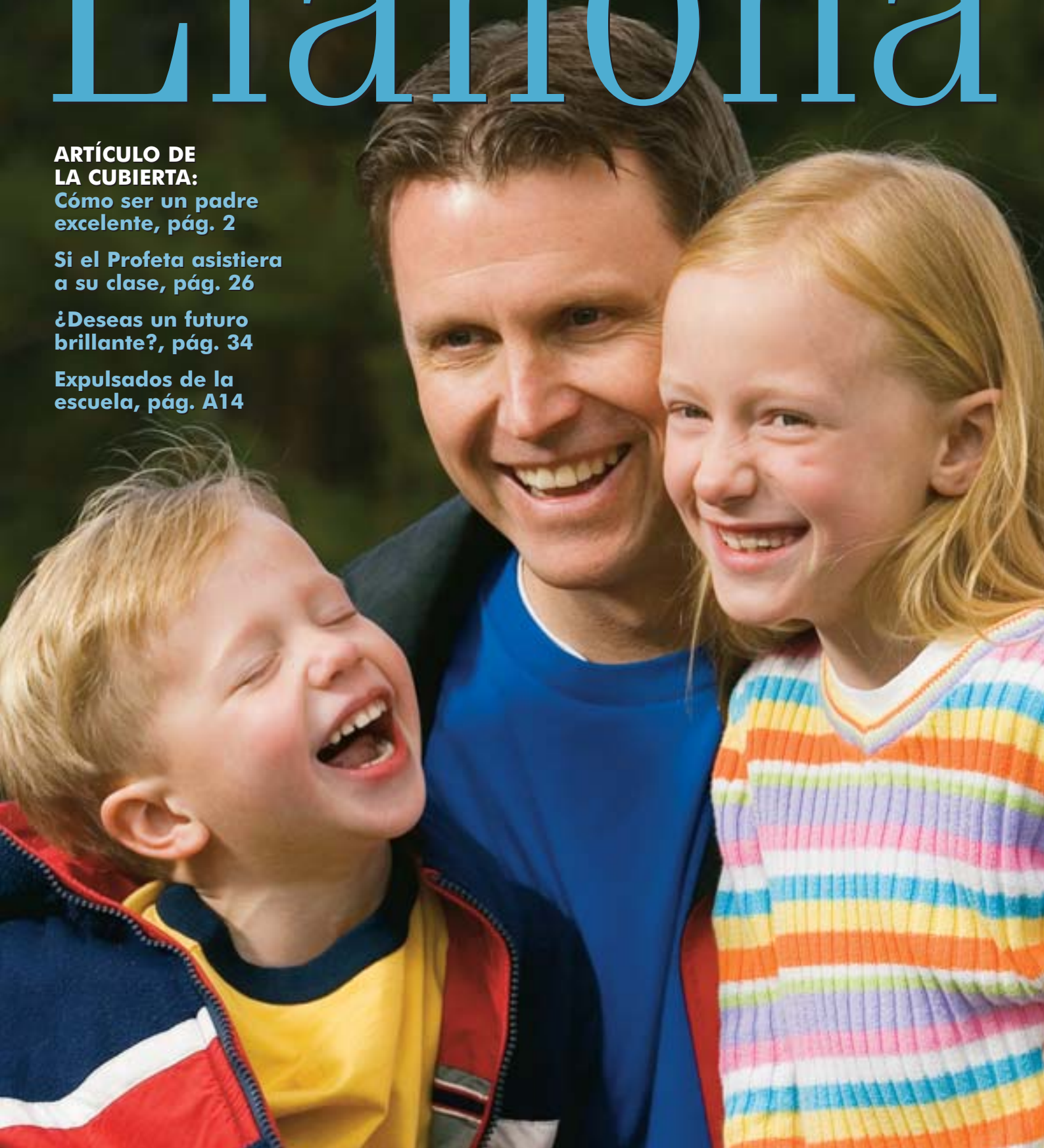
Liahona

**ARTÍCULO DE
LA CUBIERTA:**
Cómo ser un padre
excelente, pág. 2

Si el Profeta asistiera
a su clase, pág. 26

¿Deseas un futuro
brillante?, pág. 34

Expulsados de la
escuela, pág. A14



PARA LOS ADULTOS

- 2 Mensaje de la Primera Presidencia: El padre dedicado
Presidente James E. Faust
- 7 ¡Probemos otra vez! *Marianne Monson-Burton*
- 8 Noches de hogar inolvidables
- 12 Compartiendo el patrimonio familiar *Élder L. Tom Perry*
- 22 Lecciones del Antiguo Testamento: Confiemos en Jehová perpetuamente
Margaret S. Liffert
- 25 Mensaje de las maestras visitantes: Brindemos servicio y apoyo
a cada hermana
- 26 Cómo aprender a oír la voz del
Señor *Aaron L. West*
- 38 Nicaragua: Con ansias del
"fruto deseable" *Don L. Searle*
- 44 Voces de los Santos de los
Últimos Días
La enfermedad del corazón
Raquel Pedraza de Brosio
Cosecha retrasada
Rian W. Jones
Una combinación única
Francis Davis
- 48 Comentarios



2 El padre dedicado

IDEAS PARA LA NOCHE DE HOGAR

*Estas ideas le serán útiles para
emplear la revista Liahona a fin de
mejorar la enseñanza en
el aula y en el hogar.*

"¡Probemos otra vez!",

pág. 7: Busquen referencias

de las Escrituras en las que
el Señor nos exhorta a
arrepentirnos y a esfor-

zarnos una vez más. Basándose en la
experiencia del autor, analicen la forma
en que se puede enfocar el arrepentimiento
de una manera positiva. Den testimonio de
que la Expiación nos brinda la oportunidad
de hacer un nuevo esfuerzo.

**"Preparados para afrontar lo
que sea",** pág. 16: Enumeren las

tentaciones que se mencionan en el
artículo y analicen la forma en que
los jóvenes japoneses Santos de los
Últimos Días reaccionaron ante
ellas. Lean lo que dice el folleto
Para la fortaleza de la juventud
en cuanto a esas tentaciones. Expresen
su testimonio de cómo
el prepararse de antemano facilita
que se obedezcan las normas.

"Confiad en Jehová perpetuamente", pág. 22: Utilizando la primera
sección del artículo, comparen las
circunstancias que existían en los días
de Isaías con las de nuestra época.
En aquellos días, ¿de qué forma les
habría ayudado confiar en la guía



PARA LOS JÓVENES

- 11 Póster: La popularidad
- 16 Preparados para afrontar lo que sea
Adam C. Olson
- 20 Ricardo lo sabe
R. Val Johnson
- 30 Tras la caída, el milagro
Janet Thomas
- 34 Escojan un futuro brillante
Élder John H. Groberg
- 37 Lista de ideas: Aprende a compartir
- 43 ¿Sabías que...?



16 Preparados para afrontar lo que sea

A medida que busques el anillo HLJ que está escondido en este ejemplar, piensa en tu pasaje predilecto de las Escrituras.



del Señor, y cómo nos puede ayudar en la actualidad? Escudriñen el resto del artículo para buscar maneras de ser guiados por el Señor.

“Escojan un futuro brillante”, pág. 34: Relate la primera parte de la anécdota del misionero y pida a los miembros de la familia que adivinen lo que sucedió cuando regresó a casa. Termine el relato y pregunte cómo fue bendecido por seguir confiando en el Señor. Repase los primeros dos párrafos del artículo a fin de completar la siguiente declaración: “Si escoges lo justo, _____”.

“La verdad triunfará”, pág. A2: Escriba en papeles, por separado, cada una de las palabras de esta

frase: “No temas, cree solamente”. Después, mezcle los papeles y pida a sus hijos que las pongan en el orden correcto. Pídeles que describan situaciones en las que necesitarían el valor para escoger lo justo. Busque en el artículo ejemplos del valor del presidente Gordon B. Hinckley. Exhiba en su hogar 2 Timoteo 1:7–8.

“Un legado de amor”, pág. A10: Exhiba alguna reliquia familiar, o relate una tradición familiar. ¿Por qué es esa reliquia o esa tradición tan importante? Lean el relato del élder Yoshihiko Kikuchi para descubrir el legado que desea dejarle a su familia. Analicen algunas formas en que su familia puede dejar un legado de amor.

AMIGOS: PARA LOS NIÑOS

- A2 Ven y escucha la voz de un profeta: La verdad triunfará *Presidente Gordon B. Hinckley*
- A4 Tiempo para compartir: En las Escrituras hallamos consuelo y valor *Linda Magleby y Elizabeth Ricks*
- A6 De la vida del presidente Wilford Woodruff: Un profeta inspirado
- A8 Para los más pequeños: El Jardín de Edén *Mariam Joyce Grisbam*
- A10 Entre amigos: Un legado de amor *Élder Yoshihiko Kikuchi*
- A12 Caja del domingo: Eres eterno *Jean McMullin*
- A13 Testigos especiales: ¿Adivina quién es?
- A14 Expulsados de la escuela *Jenny Rebecca Rytting*



A14 Expulsados de la escuela

EN LA CUBIERTA

Fotografía por Welden C. Andersen, tomada con modelos.

CUBIERTA DE AMIGOS

David y Goliath, por Sam Lawlor, prohibida su reproducción.

TEMAS DE ESTE EJEMPLAR

A=Amigos	Maestras visitantes, 25
Albedrío, 26	Milagro, 30
Apóstol, A13	Noche de hogar, 1, 8
Aprendizaje, 26	Normas, 16
Arrepentimiento, 7	Obediencia, 34
Ayuda divina, 22, 46	Obra misional, 30, 34, 37, 38, 44, 45
Biblia, A14	Oración, 20
Confianza, 22	Orientación familiar, 6
David y Goliath, A4	Padre, 2
Educación, A14	Padres, 2, 7
Enseñanza, 1, 26	Palabra de Sabiduría, 16
Estudio de las Escrituras, 43, A4, A14	Patrimonio, 12
Familia, 2, 12	Popularidad, 11
Fe, 22, A2	Primaria, A4
Influencia de los amigos, 11, 16	Prioridades, 2, 34
Inspiración, 22, 47	Resurrección, A12
Jardín de Edén, A8	Retención, 38
Libro de Mormón, 45	Sacerdocio, 2
	Servicio, 25
	Tentación, 16



El padre dedicado

POR EL PRESIDENTE JAMES E. FAUST

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Hace un tiempo, un hombre, padre de seis niños, y solo para enfrentar la responsabilidad de criar a su familia desde que el menor todavía usaba pañales, hablaba de las dificultades de hacerlo en esas condiciones. Una noche en la que volvió a su casa del trabajo a afrontar los problemas de ser a la vez padre y madre, se sentía sumamente abrumado por sus obligaciones. Sus hijas lo apreciaban y una de ellas, de doce años, se le acercó muy entusiasmada después de dejar sobre la cómoda de él una piedra que había pintado en la escuela; en la parte plana, ella había escrito: “Felicidad es tener un padre dedicado”. Aquella piedra pintada y su sublime mensaje aliviaron instantánea y permanentemente la carga de aquel padre.

Al hablar en una conferencia general de hace varios años, el presidente Stephen L. Richards (1879–1959), que era entonces Primer Consejero de la Primera Presidencia, citó un artículo escrito por un veterano juez criminalista, que se titulaba: “Las nueve palabras que pueden detener la delincuencia juvenil”. Las palabras que el juez sugería eran: “Pongamos al padre a la cabeza de la familia”. Por ese artículo, el presidente Richards sacaba la conclusión de que “la razón principal del menor porcentaje de delincuencia

juvenil en [ciertos] países europeos era el respeto por la autoridad... en el hogar, la cual... por lo general descansa en el padre como jefe de la familia”.

El presidente Richards continuó, diciendo: “Durante generaciones, nosotros, como Iglesia, nos hemos esforzado por hacer exactamente lo que el juez aconseja: poner y mantener al padre a la cabeza de la familia, y con todas las fuerzas hemos estado tratando de prepararlo para esa elevada y pesada responsabilidad”¹. Puesto que el propósito principal de la Iglesia es ayudar a la familia y a los integrantes de ésta, la forma en que el padre cumpla esa responsabilidad es de suprema importancia.

No hace mucho tiempo leí en el periódico: “Científicos que estudian los problemas sociales y que tienen diversos puntos de vista políticos nos aseguran que la ausencia del padre es lo que pronostica la conducta criminal con mayor exactitud que la situación económica, la educación o... la raza de la familia.

“Y aunque en muchos casos los jóvenes individualmente pueden afrontar la vida bastante bien sin un padre, pocos son los que salen ilesos de una *comunidad* sin modelos de padres”².

En esta exhortación de poner al padre otra



Padres, que Dios los bendiga para que puedan cumplir sus enormes responsabilidades y brindar un cuidado paternal a cada uno de los que estén bajo sus brazos protectores.

vez a la cabeza de su familia, no queremos de ninguna manera restar importancia a la madre. No existe en el mundo un honor ni una responsabilidad más elevada y grandiosa que la maternidad, y esperamos que su extraordinaria influencia también se extienda en el hogar y más allá de él en grado aun mayor.

Cómo fortalecer al padre

A fin de fortalecer al padre en el hogar, doy dos sugerencias sencillas: primero, sostenerlo y respetarlo en su posición; segundo, brindarle amor, comprensión y demostrarle aprecio por sus esfuerzos.

En nuestra sociedad hay quienes ridiculizan ciertos atributos de la masculinidad, entre ellos algunas mujeres que creen erróneamente que destrozando la imagen de la hombría fortalecen sus propias causas femeninas; esto tiene serias repercusiones sociales porque el restar importancia a la función del padre es un problema principal en la inseguridad de los hijos y de las hijas.

Toda madre debe entender que si hace cualquier cosa que rebaje al padre de sus hijos o a la imagen que ellos tengan de él, eso puede herir y hacer un daño irreparable a la autoestima y a la seguridad de esos hijos. Es infinitamente más productivo y satisfactorio para una mujer elevar a su marido que rebajarlo. Ustedes, las mujeres, son tan superiores al hombre en tantos aspectos que se rebajan a sí mismas cuando menosprecian la masculinidad y la hombría.

Con respecto a brindar amor y comprensión al padre, se debe recordar que ellos también pasan momentos de inseguridad y de dudas. Todos sabemos que los padres cometen errores, y especialmente lo saben ellos mismos. El padre necesita toda la ayuda que pueda conseguir y, más que nada, le hace falta tener amor, apoyo y comprensión de parte de los suyos.

Las responsabilidades del padre

Como padres, es preciso que establezcamos un orden de prioridad que nos sirva de guía al distribuir nuestro

tiempo. Hay hombres que olvidan que “su primera prioridad debe ser mantener su propia fortaleza espiritual y física; después viene la familia, luego la Iglesia y el trabajo, y todos exigen tiempo”³. Al dedicar tiempo a sus hijos, el padre debe ser capaz de demostrar que tiene

por ellos bastante amor para gobernarlos y para disciplinarlos. Los niños y jóvenes quieren disciplina y la necesitan. Al acercarse a algunos peligros, están rogando silenciosamente: “No me dejes hacerlo”. El presidente David O. McKay (1873–1970) dijo que si no disciplinamos en forma apropiada a nuestros hijos, la sociedad los disciplinará de un modo que tal vez no nos guste⁴. La disciplina sabia refuerza los aspectos del amor eterno, y esa fortificación brindará gran seguridad y estabilidad a su vida.

En un discurso sumamente importante dirigido al sacerdocio en octubre de 2000, el presidente Gordon B. Hinckley concentró sus palabras en la función del padre, diciendo: “Éste es un asunto que tomo con gran seriedad. Es un asunto que me preocupa hondamente. Espero que no lo tomen con ligereza. Se relaciona con lo más valioso que tienen. En lo que toca a su felicidad, en lo que toca a las cosas que les hacen sentirse orgullosos o ponerse tristes, nada, repito que nada, surtirá en ustedes un efecto tan profundo como la forma en que resulten ser sus hijos”⁵. Y continuó dando consejos a los padres:

que ayuden a sus hijos a resistir la tentación, que los escuchen, que sean pacientes y oren mucho, y que les enseñen las vías del Señor.

El general estadounidense Douglas MacArthur describió acertadamente la destacada posición del padre cuando dijo: “Soy soldado de profesión y me enorgullezco de ello. Pero estoy mucho más orgulloso —infinitamente más— de ser padre. Un soldado destruye para poder edificar; el padre sólo edifica, nunca destruye. El uno tiene el potencial de causar la muerte; el otro es la encarnación de la creación y la vida. Y aunque las huestes de la muerte son poderosas, los batallones de la vida son más



En esta Iglesia, el hombre es esposo y padre y, a través de él, otros miembros de la familia, son bendecidos con una fuerza y una influencia que van mucho más allá de los dones naturales del intelecto y del carácter de ese hombre; me refiero al sacerdocio de Dios.



potentes aún. Tengo la esperanza de que cuando yo ya no esté, mi hijo me recuerde no de las batallas sino del hogar, diciendo con él nuestra sencilla oración diaria: 'Padre nuestro que estás en los cielos...'⁶.

Es importante recordar que en esta Iglesia, el hombre es esposo y padre y, a través de él, otros miembros de la familia son bendecidos con una fuerza y una influencia que van mucho más allá de los dones naturales del intelecto y del carácter de ese hombre; me refiero al sacerdocio de Dios, que posee todo hombre y todo muchacho mayor de doce años que sea digno.

Un prominente líder de la Iglesia y hombre de negocios, que ahora goza de salud, nació sin vida. El padre, ejerciendo el sacerdocio, hizo la promesa de que si su primogénito vivía, él haría todo lo posible por darle el ejemplo y las enseñanzas apropiados. Después de unos minutos, el recién nacido empezó a respirar y se

ha mantenido bien y vigoroso hasta hoy.

Es por medio del poder del sacerdocio que el matrimonio y la unidad familiar pueden extenderse y continuar por toda la eternidad. Las mujeres conscientes de esta Iglesia desean gozar abundantemente en su hogar de esa recta influencia.

Un legado de gozo

En una conferencia de estaca, una simpática madre relató gozosa la maravillosa experiencia de haber estado en uno de los templos con el esposo y todos sus hijos, excepto uno, donde se sellaron como marido y mujer y como familia por esta vida y por toda la eternidad. El esposo, recientemente ordenado en el sacerdocio, estaba sentado entre el público, unas filas más atrás. Por un momento, ella pareció olvidarse de todos nosotros y le habló directamente a él; desde el púlpito y por los altavoces, ante más de mil personas que observábamos y escuchábamos con lágrimas en los ojos, le dijo:

El presidente Gordon B. Hinckley ha aconsejado a los padres que ayuden a sus hijos a resistir la tentación y los escuchen, que sean pacientes y oren mucho, y que les enseñen las vías del Señor.

“John, nuestros hijos y yo no sabemos cómo decirte lo que significas para nosotros. Hasta que honraste el sacerdocio, las grandes bendiciones de la eternidad no estaban a nuestro alcance; ahora lo están. Todos te queremos muchísimo y te agradecemos de todo corazón lo que has hecho posible para nuestra familia”.

Tal vez recuerden la historia del niño que había quedado atrapado en un agujero en la tierra; sólo podían sacarlo si otro niño más pequeño se metía en el túnel. Se acercaron a un niño para ver si estaría dispuesto a bajar a rescatar al que había quedado atascado; él contestó: “Tengo miedo de meterme por ese agujero, pero voy si mi papá sostiene la cuerda”.

El élder Richard L. Evans (1906–1971), del Quórum de los Doce Apóstoles, expresó la debida magnitud a todos los padres de esta fe cuando dijo: “En primer lugar, el padre da un nombre y un legado limpio y honorable a sus hijos. El padre se destaca por un trabajo largo y duro, casi siempre el tipo de trabajo para el que esté preparado... por tratar de darles lo que él mismo nunca tuvo. El padre está dispuesto a hablar y a escuchar a sus hijos, a animarlos, a abrazarlos; a comprender los errores sin justificarlos, a disciplinarlos cuando sea necesario y después a demostrarles más amor; a ser fuerte y enérgico, y a ser tierno y amable”⁷.

En todas las relaciones familiares siempre es apropiado preguntarse: “¿Qué haría Jesús?”. El presidente Marion G. Romney (1897–1988), Primer Consejero de la Primera Presidencia, buscó en las Escrituras la respuesta a esa pregunta; después testificó: “Allí, en el Evangelio según Juan, encontré la respuesta clara y segura: Jesús siempre hacía la voluntad del Padre... ‘porque yo hago siempre lo que le agrada’, dijo [Juan 8:29]”⁸.

Niños y jóvenes, que Dios los bendiga para que tengan oídos que escuchen y un corazón comprensivo. Madres, que Dios las bendiga por la infinita magnitud de su amor y por toda la ayuda que dan al padre de sus hijos. Padres, que Dios los bendiga para que puedan cumplir sus enormes responsabilidades y brindar un cuidado paternal a cada uno de los que estén bajo sus brazos protectores. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). ■

NOTAS

1. “The Father and the Home”, *Improvement Era*, junio de 1958, pág. 410; cita de Samuel S. Leibowitz, “Nine Words That Can Stop Juvenile Delinquency”, *Reader’s Digest*, marzo de 1958, pág. 106.
2. William Raspberry, “Crime Rates Rise from Fatherless Communities”, *Deseret Morning News*, 10 de octubre de 2005, sección A, pág. 11.
3. *Bishop’s Training Course and Self-Help Guide*, 1972, sección 2, pág. 7.
4. Véase Conference Report, abril de 1955, pág. 27.
5. “Y se multiplicará la paz de tus hijos”, *Liabona*, enero de 2001, pág. 61.
6. Citado por Emerson Roy West, comp., en *Vital Quotations*, 1968, pág. 118.
7. *Vital Quotations*, pág. 120.
8. “What Would Jesus Do?”, *New Era*, septiembre de 1972, pág. 4.

IDEAS PARA LOS MAESTROS ORIENTADORES

Una vez que estudie este mensaje con la ayuda de la oración, preséntelo empleando un método que fomente la participación de las personas a las que enseñe. A continuación se citan algunos ejemplos. (Al enseñar este artículo, tenga presentes a las familias que no tengan un padre viviendo en el hogar):

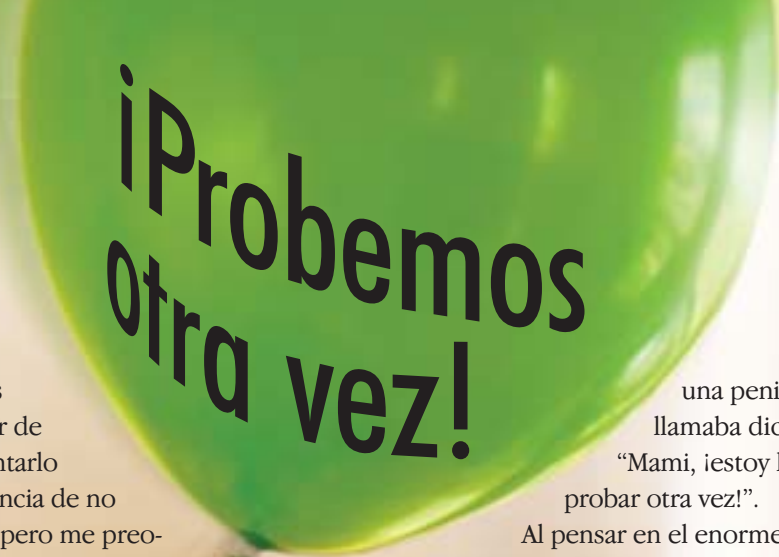
1. Elija del artículo los principios que le parezcan más apropiados para las familias a las que enseña. Pida a los presentes que lean las partes del artículo que enseñen o ilustren dichos principios. Expresé su testimonio de ellos y cuente experiencias propias relacionadas con los mismos.

2. Piense en las maneras en que los miembros de la familia puedan demostrar amor y aprecio por su padre. Una idea sería preparar para cada uno de los hijos un trozo de papel en el que haya escrito: “Quiero a mi papá porque _____”. Pida a cada persona que complete la frase rellenando la parte en blanco y que explique por qué escogió esas palabras. Lea el primer párrafo del artículo y pida a los integrantes de la familia que entreguen a su padre el trozo de papel.

3. Haga una lista según el orden de prioridad para los padres sugerido en el artículo, y analicen por qué cada punto es importante. Ilustre las formas en que el padre puede cumplir esas cuatro responsabilidades sacando ejemplos del artículo o citando experiencias personales.

4. Lean el último párrafo del artículo y analicen la forma en que los niños y los jóvenes podrían prestar más atención al consejo de su padre. Hablen de las ocasiones en que el padre (o quizás el abuelo) haya ayudado a los miembros de la familia a lograr algo que fuera difícil de realizar. Cuente cómo su propio padre le ha ayudado a usted.

FOTOGRAFÍA POR BRADLEY SLADE; TOMADA CON UN MODELO.



POR MARIANNE MONSON-BURTON

Cuando nuestro hijo Nathan tenía dos años y medio, empezamos a emplear de vez en cuando una penitencia de sentarlo aparte un corto tiempo, como consecuencia de no haber obedecido las reglas de la familia; pero me preocupaba su actitud negativa una vez terminada la penitencia; muchas veces lo notaba triste y desanimado. Al orar pidiendo saber la manera en que podía hacer más positiva la experiencia, tuve la impresión de que debía decirle: “¡Vamos a probar otra vez!”.

La próxima vez que lo puse en penitencia, después lo tomé de la mano y le dije con entusiasmo: “¡Vamos a probar otra vez!”. Inmediatamente la atención se apartó de su conducta negativa y se centró, en cambio, en la oportunidad de hacer un nuevo intento. Me quedé asombrada al ver la diferencia al enfocarlo de esa manera; en lugar de sentirse castigado al salir de su penitencia, tenía grandes deseos de tomar mejores decisiones.

En seguida empecé a utilizar esa frase en diversas situaciones, instando a Nathan de diferentes formas: “¡Vamos a probar de nuevo! Esta vez podemos portarnos mejor. Esta vez podemos ser suaves” o “Esta vez podemos ser bondadosos”.

Esa frase llegó a tener tanta influencia en mi hijo que muchas veces, durante

una penitencia, me llamaba diciendo: “Mami, ¡estoy listo para probar otra vez!”.

Al pensar en el enorme efecto que esa sencilla frase había tenido en él, consideré la fuerza que contienen las palabras: “¡Vamos a probar otra vez!”. Me di cuenta de que Dios, el Padre de todos nosotros, no quiere que inútilmente hagamos tanto hincapié en los errores que hayamos cometido

sino que, en cambio, nos invita a arrepentirnos sinceramente y a concentrarnos en un futuro más brillante en el que podamos mejorar día tras día. Para que el arrepentimiento fuera

posible, Dios estuvo incluso dispuesto a ofrecer la vida de Su Hijo Amado. La promesa que nos hace es: “...si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

Al observar la renovada determinación de mi hijo de ser mejor, sentí una ola de gratitud por nuestro amoroso Padre Celestial, que es misericordioso con Sus hijos que se arrepienten. También sentí profundo aprecio por el Salvador, cuya Expiación infinita hace posible que cada uno de nosotros diga: “¡Vamos a probar otra vez!”. ■



NOCHES DE HOGAR INOLVIDABLES



Como lo testifican los miembros de todas partes del mundo, los recuerdos de una noche de hogar especial pueden alentarnos, guiarnos y permanecer vivos por el resto de nuestra vida.

Julio César Merlos, de la Estaca Arlington, Texas, escribe lo siguiente: “Recuerdo que cuando mis hermanos y yo crecíamos, éramos miembros nuevos de la Iglesia; nuestra familia no tenía muchos recursos económicos, pero teníamos fe en el Evangelio. Mi padre nos daba el ejemplo en la lectura de las Escrituras y para él, la noche de hogar era una oportunidad de enseñarnos lo que él mismo estaba aprendiendo.

“Una de las lecciones que nos dio en la noche de hogar tuvo gran influencia en mí. Fue cuando nos habló del albedrío y me acuerdo de las palabras que nos dijo: ‘Quiero darles un pequeño consejo para que lo recuerden toda su vida: Cuando estén tentados a desobedecer la Palabra de Sabiduría, la ley de castidad o cualquier otro mandamiento de Dios, consideren a quién afectará más su pecado. ¿Pecan contra Dios, la Iglesia, sus padres, su familia o contra ustedes mismos? Quiero decirles que los más afectados por su pecado serán ustedes mismos’.

“Mientras crecía, las pruebas y tentaciones que tuve

fueron tan serias como mis padres me lo habían advertido y siempre traté de recordar el consejo que mi papá nos dio aquella noche. Veinticinco años después de haberlo recibido, todavía me fortalece y me da ánimo. Ahora mis hijos están recibiendo de mí el mismo consejo”.

Una noche de hogar que cambió una vida

Edevanir Leopoldino, de la Estaca São Miguel Paulista, São Paulo, Brasil, recuerda una noche de hogar que cambió su vida. Un día, cuando tenía dieciséis años y no era miembro de la Iglesia, llegó a la casa de su amigo Leandro para invitarlo a un baile que había en la localidad. Leandro, a su vez, lo invitó a quedarse para la noche de hogar con su familia. Sin saber bien de qué se trataba, Edevanir aceptó vacilante la invitación.

De aquella noche, él escribe: “¡Fue estupenda!”. El hermano de Leandro se iba a cumplir una misión, por lo que la noche de hogar era una fiesta de despedida. También recuerda: “El Espíritu del Señor me conmovió

de tal manera que sentí una cálida sensación por dentro, tan fuerte que no supe qué hacer; también experimenté un gozo tan grande que ya nunca más podía volver a sentirme solo.

“Después de aquella noche de hogar, empecé a recibir las charlas de los misioneros y al poco tiempo me bauticé. Al año siguiente me llamaron a prestar servicio en la Misión Brasil Porto Alegre [que pasó a ser la Misión Brasil Santa María]. Sólo han pasado ocho años desde aquella noche de hogar especial en casa de Leandro, y ya tengo noches de hogar con mi propia familia”.

En paz en medio de una muchedumbre

La noche de hogar no tiene por qué llevarse a cabo en una casa para ser memorable. Lyubov Salimova, del Distrito Donetsk, Ucrania, cuenta sobre una noche de hogar especial que tuvo mientras estaba de vacaciones en la costa del mar. Su hermana, que vivía cerca de allí, la había invitado a la noche de hogar en su casa, a las ocho de la noche. “Sin embargo, para mi gran sorpresa, mucho antes de esa hora, mi hermana se encontró conmigo en la playa y me dijo: ‘No vamos a poder hacerlo en casa’. Trató de sonreír, pero la sonrisa era forzada y noté que estaba haciendo esfuerzos por no llorar. Había problemas en el hogar. Su sugerencia de que tuviéramos la noche de hogar allí, en la playa, me sorprendió por lo absurda: estábamos rodeadas de gente que caminaba, que estaba sentada, que tomaba sol y se reía. A pesar de eso, asentí.

“Colocamos las toallas la una frente a la otra y nos sentamos; inclinamos la cabeza y oramos. Mi hermana tenía el número de Liahona de julio de 2002, en el que se publicaron los discursos de la conferencia general, y empezó a leer un discurso del presidente Gordon B. Hinckley; parecía que en todas sus palabras nos explicaba cómo debíamos conducirnos en

nuestra relación con otros miembros de la familia. Al leer las palabras de nuestro Profeta viviente, vi que mi hermana se había calmado por haber encontrado el sostén del Espíritu Santo, que se derramó abundantemente sobre nosotras. Sentimos que éramos hijas amadas de Dios, capaces de seguir adelante a fin de luchar por el bien. Nuestras almas quedaron en paz”.

Se desea la misma felicidad

Carla Santiváñez Castro, de la Estaca Surco, Lima, Perú, escribe esto: “Recuerdo una noche de hogar en particular: los cuatro niños prestamos mucha atención a la lección que papá nos presentó; después participamos en juegos muy interesantes. No sólo nos divertimos mucho sino que también aprendimos sobre el Salvador. Lo que recuerdo mejor de aquella noche es el hecho de ver a mis padres tan felices, disfrutando de esos momentos con nosotros, sus hijos. Muchas veces me he acordado de los alegres sentimientos de esa noche.

“Ahora mi amado esposo y yo tenemos la oportunidad de realizar nuestras propias noches de hogar y de experimentar el gozo que yo vi en mis padres. Mi esperanza es que algún día nuestros hijos sientan en nuestras noches de hogar el mismo amor, la calidez, la confianza y la seguridad que yo sentí aquella noche, hace tanto tiempo”.

Sola para la noche de hogar

Berengere Caviale, de la Estaca Nancy, Francia, escribe lo

Página opuesta: La familia Velasco, de Manila, Filipinas, se reúne para la noche de hogar. Página siguiente: La familia Pardo, de Santiago, Chile, disfruta de un juego como parte de la noche de hogar.



siguiente: “Hace unas semanas, en una entrevista con uno de los miembros de la presidencia de la estaca, él me exhortó a realizar regularmente las noches de hogar. Por ser soltera, no me parecía necesario hacerlo, pero le prometí intentarlo como experimento. La semana siguiente puse a prueba mi promesa, aun cuando me sentía un tanto escéptica al respecto. Empecé con una oración y después canté algunos himnos; a partir de aquel momento, pude sentir muy fuerte el Espíritu. Después, leí un pasaje de la Biblia sobre la vida de Cristo, escribí algunos comentarios pertinentes y decidí seguir Su ejemplo; luego terminé con varios himnos, lo cual me elevó el espíritu. Durante aquellos cuarenta y cinco minutos de noche de hogar, ¡pude sentirme más cerca del cielo!”.

Cómo inspirar a un niño de seis años

Una de las dificultades con las que se enfrentan algunas familias en la noche de hogar es encontrar la forma de lograr la atención de los niños pequeños e inspirarlos. Christine Carter, de la Estaca Syracuse, Nueva York, escribe lo siguiente: “Hace poco fui al templo a recibir la investidura y quise tener una noche de hogar sobre la



DEDIQUEN TIEMPO A LA NOCHE DE HOGAR

“Congreguen a sus hijos a su alrededor; enséñenles, guíenlos y protéjanlos. Nunca hubo una época en que necesitaríamos más que ahora la fuerza y la solidaridad del hogar”.

Presidente Harold B. Lee (1899–1973); véase “Seguid a los líderes de la Iglesia”, Liahona, diciembre de 1973, pág. 35.

importancia del templo. Me había preparado bien, pero Tyler, mi hijo de seis años, no prestaba atención y se portaba mal; me sentí desalentada y estaba a punto de terminar la lección.

“Fue entonces que, inspirada por el Espíritu, miré a mi hijo a los ojos y le pregunté: ‘¿Sabes que la cosa más importante que tienes que hacer en la vida es ir al templo?’. El impacto que tuvieron aquellas palabras fue increíble: se quedó tranquilo y de-

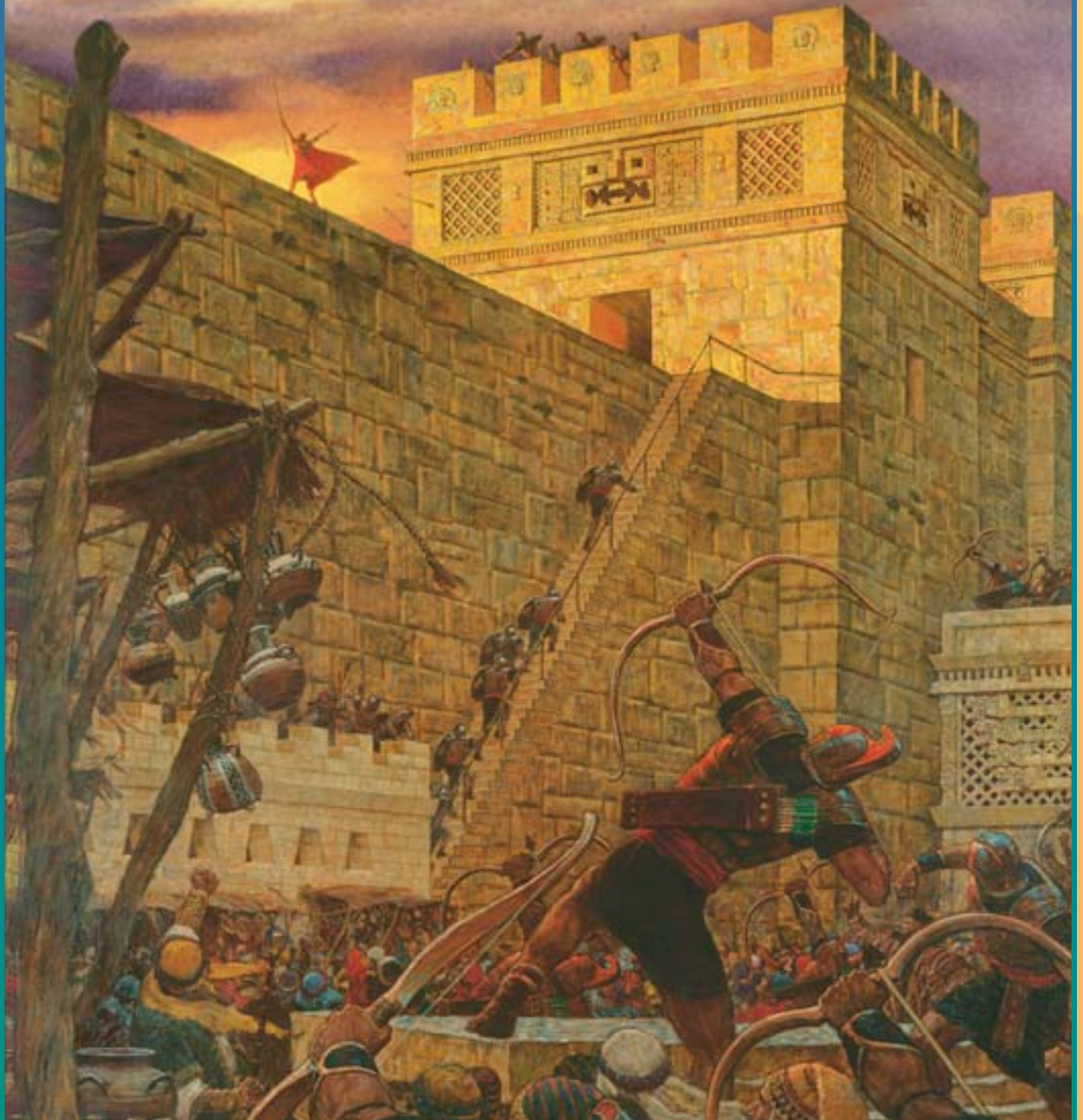
mostró interés en aprender sobre el templo. Disfrutamos al mirar las fotos de los templos y hablamos de cómo será la mansión que Jesucristo está preparándonos para cuando volvamos a Él; armamos un rompecabezas con la foto de un templo, y como nos divertimos mucho, volvimos a armarlo; después cantamos ‘Me encanta ver el templo’. Más adelante, Tyler decoró nuestro pasillo con fotos de varios templos; también decidió hacer una cubierta para la llave de la luz con un dibujo hecho por él del Templo de Salt Lake. Ahora, cada vez que encendemos la luz, podemos recordar que el templo nos alumbra el camino para regresar al Señor.

“Estoy muy agradecida por que el Espíritu me haya guiado durante aquella lección y que no me haya dado por vencida para enseñar a mi hijo la importancia del templo”. ■



LA POPULARIDAD

TIENE MÁS FAMA DE LA QUE SE MERECE.
A VECES LA GENTE ESTÁ TOTALMENTE EQUIVOCADA.
(Véase Helamán 13:2-4; 16:2.)



Compartiendo el patrimonio familiar



El refugio más grande que jamás encontraremos en la vida serán esos maravillosos y estrechos lazos que tenemos con los miembros de nuestra familia.

POR EL ÉLDER L. TOM PERRY
Del Quórum de los Doce Apóstoles

A comienzos del mes de agosto de 2002, llegué a un punto muy importante de mi vida. Al cumplir 80 años, dejaba atrás la etapa de la madurez y comenzaba la etapa de la vejez. Para celebrar ese hecho, decidí llevar a mis hijos y a mis nietos por un recorrido de Logan, Utah, mi pueblo natal, para compartir con ellos el impacto que esta ciudad ha tenido en mi vida.

Designé nueve sitios que deseaba que mi familia viera en Logan. Para cada sitio, seleccioné un pasaje de las Escrituras, a fin de enseñar una lección sobre la importancia que ese lugar en particular tuvo en mi vida.

1. La lección de la escuela de educación secundaria Logan: Vivan de acuerdo con su potencial

“...con algunos no estoy muy complacido, porque no quieren abrir su boca, sino que esconden el talento que les he dado, a causa del temor de los hombres” (D. y C. 60:2).

Yo era muy tímido en la secundaria y no aproveché al máximo las oportunidades de mejorar y de pulir mis talentos. Tenía miedo de intentarlo; la lección que deseaba enseñar a mi familia era la de vivir de acuerdo con su potencial. No tengan miedo de hacerlo; tengan confianza en ustedes mismos. En todo lo que hagan, no alcanzarán el éxito en el primer

intento, pero el resultado de intentos consecutivos trae tanto la seguridad en uno mismo como el desarrollo de nuevos talentos.

2. La lección del Tabernáculo de Logan: El gozo de prestar servicio en el Evangelio

“...cuando os balláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios” (Mosiah 2:17).

Mi padre sirvió en la presidencia de la Estaca Cache, de Logan, aproximadamente 20 años, y me pareció apropiado que hiciéramos una visita al tabernáculo, en donde teníamos nuestras conferencias de estaca, para enseñar la lección de que el prestar servicio en la Iglesia trae gran gozo y es una manera de cultivar la habilidad de llevarse bien con las demás personas. Prestamos servicio en la Iglesia con la pura intención de edificar el reino de nuestro Padre Celestial. Por nuestro tiempo y nuestros esfuerzos, el Señor nos compensa, mucho más de lo que merecemos, con bendiciones que aumentan nuestros talentos y nuestras habilidades, para que prestemos aun más servicio. Es imposible estar a mano con el Señor.

3. La lección del bufete de mi padre: Formar un buen carácter; tener integridad

“...porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron tras pasados de muchos dolores.

“Mas tú, oh hombre de Dios, buye de estas





El élder Perry conversa con sus hijos y nietos en el campus de la Universidad Utah State, uno de los nueve sitios en Logan, Utah, donde él compartió con su familia un pasaje de las Escrituras y una experiencia de su vida. Página opuesta: El élder Perry cuando era un joven padre con sus tres hijos: Barbara (izquierda), Linda Gay y Lee.

cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre.

“Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos” (1 Timoteo 6:10–12).

Le conté a mi familia cómo me preparé para la profesión de banquero. Mi padre era abogado de un banco. Ahorré lo suficiente de mis ingresos de entrega de periódicos para comprar diez acciones del “First National Bank” [Primer Banco Nacional]. Papá insistió en que asistiera a las reuniones de los accionistas y así dar mi voto correspondiente a mis diez acciones. Él pensó que ésa era una manera de iniciarme en la profesión de banquero. Después de graduarme, recibí una propuesta de empleo que ofrecía más dinero que el negocio bancario.

Pensé que optaría por tomar el puesto por unos años y que después regresaría al negocio bancario. Nunca llegué a ser banquero. Me esforcé por enseñar a mis nietos que el elegir un campo de estudio universitario no es tan importante como cultivar la integridad, la ética, los buenos hábitos de estudio y la edificación de un buen carácter como personas de fe, confianza e industriosidad.

4. La lección del lugar donde nació: El valor de nuestro patrimonio

“...He aquí, os he dado los nombres de nuestros primeros padres...; y he hecho esto para que cuando recordéis vuestros nombres, los recordéis a ellos; y cuando os acordéis de ellos, recordéis sus obras; y cuando recordéis sus obras, sepáis por qué se dice y también se escribe, que eran buenos” (Helamán 5:6).



Arriba, parte superior: Los padres del élder Perry: L. Tom y Nora Sonne Perry; el élder Perry cuando era niño. En medio: El élder Perry cuando era joven (de pie al fondo) con su familia; la escuela de educación secundaria de Logan. Parte inferior: El élder Perry sostiene a su sobrino; la reunión de la familia Sonne en 1937. Página opuesta: El Templo de Logan, Utah; el élder Perry en la entrada de su casa de infancia.

Se me dio el nombre de mi padre; yo honraba a mi padre y deseaba mantener los mismos valores que él había establecido. Nuestro patrimonio nos da esos valores que perduran, los que estarán con nosotros tanto ahora como a través de toda la eternidad.

5. La lección de la vieja casa de la familia: La bendición de buenos padres

“Yo, Nefi, nací de buenos padres y recibí, por tanto, alguna instrucción en toda la ciencia de mi padre” (1 Nefi 1:1).

Me esforcé por enseñarle a mi familia que el mérito por el éxito que logremos en la vida en verdad pertenece a los padres, quienes nos han dado un gran comienzo. Mi padre fue un hombre que trabajaba arduamente; era un cabeza de hogar responsable y un excelente ejemplo de servicio,

honor e integridad. Él amaba a su familia y apartaba tiempo para estar con nosotros a pesar de que siempre estaba muy ocupado.

Mamá siempre estaba allí para enseñarnos y para darnos aliento; era una gran ama de casa que desempeñaba cuidadosamente las tareas hogareñas, administraba de una manera excelente las finanzas del hogar y era una maravillosa cocinera. ¡Cuánto amo y honro a mis padres!

6. La lección del pastizal para las vacas: Aceptar los retos que resultan de los cambios que ocurren en la vida

“Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto” (D. y C. 50:24).

Después de registrarnos en el hotel, le dije a mi familia: “Esta noche ustedes dormirán en el lugar donde antes teníamos el pastizal para las vacas”. Era el lugar donde habían construido el hotel. Ah, ¡cómo cambian las cosas! Siempre estaré agradecido por haberme criado en una época en la que arábamos, plantábamos, cuidábamos, irrigábamos y cosechábamos. Esas actividades eran muy importantes para nosotros.

Las generaciones futuras tendrán pocas ocasiones de disfrutar de esas mismas bendiciones que nosotros recibimos. Vivimos en un mundo que cambia con rapidez. De algún modo, debemos encontrar la manera de asirnos a los valores básicos e inmutables y aún así estar listos para recibir conocimiento adicional revelado que nos guiará a mejores oportunidades.

7. La lección de la tienda de helados: El valor de las tradiciones

“...la misma sociabilidad que existe entre nosotros aquí, existirá entre nosotros allá; pero la acompañará una gloria eterna que ahora no conocemos” (D. y C. 130:2).

El comer un barquillo con helado cada vez que vamos a Logan se ha convertido en una de nuestras numerosas tradiciones, pero de más importancia aún son las tradiciones de la actividad y el servicio en la Iglesia, la lealtad en la familia, etc. Las tradiciones especiales que establezcamos aquí con los miembros de nuestra familia perdurarán; debemos establecer tradiciones que se graben

fuertemente en nuestro recuerdo, un recuerdo que perdurará aun en las eternidades.

8. La lección de la Universidad Utah State: El valor de tomar el tiempo para tener un noviazgo feliz y de éxito

“...quien prohíbe casarse no es ordenado por Dios, porque el matrimonio lo decretó Dios para el hombre” (D. y C. 49:15).

Explicué que la mayor parte de mi noviazgo ocurrió en la Universidad Utah State. Los bailes, los eventos deportivos, el caminar a través del campus universitario para ir a la biblioteca, el estudiar allí, el asistir a las clases de instituto, el verse en los pasillos entre una clase y otra, las caminatas especiales alrededor del campus, etc., todo eso dio cabida para que llegáramos a conocernos mejor y para que disfrutáramos el gran valor de una relación que comenzaba a florecer. En ese entonces, eso llegó a ser lo más importante en mi vida. Cuando ese momento les llegue, afectará todo lo que hagan; asegúrense de que sea un momento valioso y especial.

9. La lección del Templo de Logan: La importancia del templo

“En la gloria celestial hay tres cielos o grados; y para alcanzar el más alto, el hombre tiene que entrar en este orden del sacerdocio [es decir, el nuevo y sempiterno convenio del matrimonio]; y si no lo hace, no puede alcanzarlo” (D. y C. 131:1-3).

El santo templo debe ser el punto central de nuestra vida; debemos ser siempre dignos de entrar en él. Si vivimos dignos de los convenios que hacemos con el Señor en Su casa, literalmente comprometemos al Señor a que nos dé las bendiciones que Él nos ha prometido. El Señor cumplirá Sus promesas si nosotros somos fieles a los convenios que concertamos con Él.

Concluimos nuestro recorrido al atardecer, en el antiguo



edificio del Barrio Logan Nueve; previamente habíamos hecho los arreglos para que nuestra familia pudiera reunirse en uno de los salones. Allí se llevó a cabo una presentación sobre mi vida, en la que se incluían fotografías, comenzando por las de mis abuelos, mis padres, así como de las primeras etapas de mi vida. Después había fotografías de mi boda y de las bendiciones de los hijos, seguidas de fotografías de actividades que disfrutamos como familia.

El domingo por la mañana asistimos a los servicios de la Iglesia en la capilla del Barrio Nueve. Ese edificio se construyó bajo la supervisión de mi padre mientras servía como obispo, cargo que desempeñó durante dieciocho años. Esa mañana tuve la oportunidad de expresar mi testimonio en cuanto a las bendiciones del Evangelio en mi vida.

Después regresamos en auto a nuestra casa en Salt Lake City; sin embargo, antes de permitir que la familia disfrutara de una deliciosa comida de cumpleaños que mi esposa había preparado, les hice algunas preguntas sobre lo que habían aprendido, y una vez más testifiqué de la divinidad del Evangelio de Jesucristo.

Estoy absolutamente convencido de que el refugio más grande que jamás encontraremos en la vida serán esos maravillosos y estrechos lazos que tenemos con los miembros de nuestra familia.

Les doy mi testimonio a ustedes. El Evangelio de Jesucristo es verdadero; nunca les fallará. Es la única esperanza para la salvación individual y un refugio de las tormentas a las que hacemos frente en nuestro trayecto por la vida terrenal. Que Dios continúe bendiciéndoles con el deseo de aprender más de Sus caminos y de ser obedientes a Su ley. ■

De un discurso que se ofreció durante un devocional en la Semana de Educación de la Universidad Brigham Young el 20 de agosto de 2002.





PREPARADOS PARA AFRONTAR LO QUE SEA

Los jóvenes de Tokio hablan sobre la forma en que responden ante las tentaciones difíciles.

POR ADAM C. OLSON

Revistas de la Iglesia

Un día después de la escuela, las amigas de Yuriya Kitahara querían mostrarle una nueva revista de historietas. A Yuriya, una Laurel, sólo le tomó unos minutos darse cuenta de que no había nada divertido en esa revista, ya que se trataba de pornografía.

Aproximadamente al mismo tiempo, Junko Saijo, una Damita, estaba con sus amigas cuando una de ellas encendió un cigarrillo y se lo ofreció.

Poco después, en la escuela a la que asistía Sho Watanabe, arrestaron a un grupo de estudiantes por vender drogas a otros estudiantes.

Afortunadamente, Yuriya dejó la revista a un lado, Junko rehusó aceptar el cigarrillo y Sho, un presbítero, ha tratado de ser más cuidadoso al escoger a sus amigos.

Aunque la Iglesia está creciendo en Japón, estos jóvenes aún tienen que hacer frente a las tentaciones del mundo cada día. Eso es parte de la prueba por la cual hemos venido a la tierra. La pregunta es: ¿Estamos preparados para afrontar lo que sea? Y si no es así, ¿cómo podemos estarlo?

Rodeados de tentaciones

El quebrantar la Palabra de Sabiduría es una de las tentaciones más comunes en Tokio, según un grupo de jóvenes que son miembros de diferentes estacas y que se han

reunido para hablar de los desafíos con que se enfrentan.

Al llegar a la adolescencia, varios de los jóvenes hicieron frente a la tentación del tabaco. Otros de ellos han tenido la suerte suficiente de evitarlo completamente hasta ahora. No todos se enfrentan a los mismos desafíos; sin embargo, el tabaco es una trampa común para los adolescentes de Tokio.

“Es muy fácil comprar tabaco aquí; es difícil para algunos no comprarlo”, dice Hikaru Watanabe, un diácono y hermano menor de Sho.

Otro de los problemas que se le presenta a muchos de los jóvenes, desde temprana edad, es el de las bebidas alcohólicas.

“Después de que termina una actividad de la escuela, todos los estudiantes generalmente van a algún lugar para hacer una fiesta”, dice Yuriya. “A veces, mis amigos me piden que vaya; no mencionan que van a tomar, pero para muchos jóvenes, asistir a una fiesta significa que van a tomar y no creen que eso sea malo”. El resto de los jóvenes asienten con la cabeza ya que se han encontrado en situaciones semejantes.

Los adolescentes también están de acuerdo en que la pornografía y la inmoralidad cunden de manera desenfundada entre sus compañeros.

“La música también es cada vez peor”, dice Keiko Saijo, una Laurel y hermana mayor de Junko. “La letra de las canciones es terrible”.

Éstas son las tentaciones y los desafíos a que se enfrentan los adolescentes Santos de los Últimos Días en todo el mundo. ¿Qué hacen al respecto? Están aprendiendo que por medio del Evangelio pueden encontrar la fortaleza que necesitan para vencer todos esos desafíos.



Yuriya Kitahara



Sho Watanabe



Junko Saijo



Yuuya Kitahara



Keiko Saijo

Encontrando fortaleza

Los jóvenes reconocen que para vencer las tentaciones que se les presentan cada día necesitan la guía del Espíritu Santo.

“No es sólo mi propia fuerza lo que me permite superarlas, sino la confianza que tengo en el Señor”, dice Yuuya Kitahara, un presbítero, hermano menor de Yuriya. “El acercarnos al Señor nos ayuda a evitar las tentaciones y a vencerlas”.

Ésa es una lección de gran valor. “Si no hacemos las cosas que nos permiten estar más cerca del Espíritu, probablemente acabaríamos como muchos otros jóvenes que no son miembros de la Iglesia: fumando, viendo pornografía y cosas aún peores”, dice Yuriya.

Es una lección que se enseña repetidas veces en el Libro de Mormón. Sin el Espíritu del Señor, los nefitas se volvieron “débiles como sus hermanos los lamanitas” (Helamán 4:24; véase también Mosíah 1:13; Mormón 2:26).

“Cuando siento el Espíritu, siento que las tentaciones simplemente se alejan”, dice Hikaru.

“Esa fortaleza proviene del Espíritu”.

Yuuya dice que el orar por la mañana y por la noche le ayuda a tener el Espíritu.

Yuriya se siente más cerca del Espíritu Santo al estudiar las Escrituras todos los días; y

Yuuki, el hermano gemelo de Yuuya, menciona las actividades



TU EJEMPLO PUEDE AYUDAR A LOS DEMÁS

“Que Dios los bendiga, mis queridos jóvenes amigos; ustedes son la mejor generación que

hayamos tenido; conocen el Evangelio mejor; son más fieles en sus deberes; son más fuertes para enfrentarse a las tentaciones que aparecen en su camino. Vivan de acuerdo con sus normas; pidan en oración la guía y la protección del Señor. Él nunca los dejará solos; los consolará, los sostendrá, los bendecirá y los magnificará y hará que la recompensa para ustedes sea grata y hermosa y descubrirán que su ejemplo traerá a otros que sacarán valor de la fortaleza de ustedes”.

Presidente Gordon B. Hinckley, “Un estandarte a las naciones y una luz al mundo”, Liahona, noviembre de 2003, pág. 84.

para la juventud y el seminario. Junko dice que el asistir a la Iglesia y las noches de hogar no sólo le han ayudado a sentir el Espíritu, sino que también le han enseñado la manera de vencer las tentaciones.

Cada uno de ellos afirma que la asistencia al templo ha sido una influencia muy positiva en su vida. “Siento un poder especial cuando voy al templo del Señor”, dice Sho; y agrega que al ir al templo con regularidad puede resistir mejor las tentaciones.

Durante los últimos años, Sho y Hikaru han tratado de asistir al templo cada jueves para realizar bautismos por los muertos. Keiko y Junko, y Yuriya y sus hermanos tratan de asistir cada viernes.

“La asistencia al templo me fortalece”, dice Keiko.

Para la fortaleza de la juventud

Y después, durante la conversación, alguien menciona el folleto *Para la fortaleza de la juventud*, y la mitad de ellos saca

強さのために
の務めを果たす



la versión de ese folleto en tamaño cartera.

“Esto se ha escrito para nosotros”, dice Yuuya. “Es fácil de entender y de seguir; el poner en práctica los principios que se enseñan en este folleto me protege de las tentaciones”.

Los demás asienten. La mayoría de ellos lo lee con regularidad. “En la clase de Mujeres Jóvenes lo leemos casi cada semana”, dice Junko.

Hikaru dice que le ayuda a vencer las tentaciones. “Los líderes de la Iglesia”, dice, “nos recomiendan que, al enfrentarnos a una tentación, debemos pensar en un pasaje de las Escrituras, pero a veces es difícil llevar las Escrituras con uno mismo, de modo que puedo llevar esta tarjeta conmigo todo el tiempo y es de gran ayuda”.

A muchos jóvenes, el folleto les ha servido para aprender la forma de aplicar el Evangelio en su forma de vivir y en las decisiones que toman.

“El Evangelio no sólo se trata de saber qué es lo correcto, sino de hacer lo correcto”, dice Yuuki. “Cuando leí *Para la fortaleza de la juventud*, aprendí qué es lo que debo hacer; te dice cómo aplicar el Evangelio a tu vida”.

“Antes de que se publicara el folleto, nuestros líderes nos hablaban sobre las normas de la Iglesia, pero no podemos recordarlo todo”, dice Sho. “*Para la fortaleza de la juventud* es muy fácil de entender; nos ayuda a comprender cómo aplicar las Escrituras a nosotros mismos, y puedo llevarlo conmigo”.

“No me gusta mucho leer”, dice Keiko, “pero el folleto es fácil. Cuando me concentro en sus palabras, siento que realmente es lo correcto; creo que Dios lo preparó para nuestros días”.

El folleto fue preparado para nuestros días, así como lo fue la juventud de esta generación.

“A menudo se les ha dicho, y yo lo repito aquí: ustedes son linaje escogido” dijo el élder Joseph B. Wirthlin, del Quórum de los Doce Apóstoles. “Han sido puestos por el Señor para llevar Su Iglesia y Su reino al siglo veintiuno. Han sido elegidos por el Señor para venir a esta tierra cuando la maldad y la iniquidad sean muy potentes. Pero ustedes están preparados para afrontar lo que sea” (Véase “El crecer dentro del sacerdocio”, *Liabona*, enero de 2000, pág. 48).

¿Qué se requiere a fin de estar preparados para afrontar lo que sea? Estar dispuestos a permanecer cerca del Espíritu y seguir el consejo del Señor. ■



Yuuki Kitahara



Hikaru Watanabe

QUÉ HACER CUANDO EL QUE NOS TIENTA ES UN AMIGO

Las personas que escojan como amigos suyos tendrán una gran influencia en ustedes. “Si escoges malas amistades, tendrás muchas tentaciones”, dice Sho Watanabe.

La primera vez que te resistes a ceder puede ser la más difícil, pero generalmente es más sencillo después de eso. “Los cigarrillos no son buenos para ti”, le dijo Junko a su amiga después de que ésta le ofreció uno. “Mi amiga no dejó de fumar, pero desde entonces sí dejó de ofrecérmelos”.

El ponerte firme no siempre da resultado. A veces tienes que alejarte de la situación. “Cuando mis amigos comienzan a hablar sobre cosas malas, intento cambiar el tema de la conversación”, dice Yuuki Kitahara; “si no lo hacen, me retiro”.

En muchos de los casos puedes tomar las riendas de la situación de manera amable. Una vez, la amiga de Keiko Saijo estaba escuchando música con sus audífonos puestos. “Me ofreció escuchar, pero la música hizo que me sintiera mal en mi interior. Le dije: ‘Es buena música pero no para mí’, y le devolví los audífonos”.

RICARDO LO SABE

POR R. VAL JOHNSON

Revistas de la Iglesia

¿Te has sentido alguna vez tan insignificante que pensaste que Dios no prestaría atención a tus oraciones? Si es así, Ricardo da Silva, de Brasil, tiene algunas experiencias que compartir contigo.

Ricardo y sus amigos estaban afuera, frente a la entrada de una de las salas de sellamientos del Templo de São Paulo, Brasil, y se preguntaban por qué no podían entrar. Nadie los detenía; después de todo, se iba a rededicar el templo y en esa ocasión tenía lugar la recepción al público. Ellos le preguntaron al líder con el que estaban por qué no podían entrar, pero él no les pudo responder, ya que sentía el mismo espíritu que los refrenaba, el cual era un buen espíritu pero, a pesar de ello, les impedía entrar.

Entonces, el líder recordó que la sala se había reservado para el presidente Gordon B. Hinckley; él estaría allí dentro de poco para estar a solas por unos momentos en la casa del Señor, con el fin de buscar la paz del Señor y la inspiración al orar.

Ricardo y sus amigos se fueron en silencio.

Por supuesto que esperamos que nuestro Padre Celestial escuche las oraciones del profeta, pero, ¿qué sucede con el resto de nosotros? ¿En verdad podemos esperar que Dios conteste nuestras oraciones?

Luis Ricardo da Silva puede responder a esa pregunta. Durante un tiempo se consideró a sí mismo una persona demasiado insignificante para que el Señor le prestara atención. “Pensaba: ¿Por qué Dios le prestaría atención a alguien tan insignificante como yo? Pero ahora sé que Jesús me ama; siento Su Espíritu

y sé que nuestro Padre Celestial escucha mis oraciones”.

Lo sabe porque ha recibido contestación a sus oraciones. Relata en voz baja las ocasiones en las que el Señor ha respondido a sus oraciones tanto en su hogar como en la escuela y en la Iglesia. Una de esas experiencias fue muy significativa: “Un día me hallaba en el templo con algunos amigos para hacer





bautismos por los muertos. Decidimos hacer una oración en el vestidor del baptisterio; al orar sentimos algo especial, como si una luz hubiese llenado el cuarto y alguien más estuviese presente con nosotros. Había estado orando para saber si Dios realmente vive y ésa fue mi respuesta; aquello que sentí fue potente, simplemente lo supe; la oración es algo sagrado”.

El testimonio de Ricardo se fortaleció ese día, pero antes de cumplir los 11 años, no sabía siquiera lo que era un testimonio. Entonces un amigo lo invitó a ir a la Iglesia, y le gustó tanto que siguió asistiendo.

Lamentablemente, a su madre no le gustaba que asistiera y no quiso que se uniera a la Iglesia cuando le pidió bautizarse. “Pero los misioneros hablaron con mi madre y ellos le agradaron, por lo que finalmente dio su consentimiento”, dice él.

Desde entonces, Ricardo ha sido un discípulo lleno de energía y devoto a Cristo. Actualmente es poseedor del sacerdocio en el

oficio de presbítero del Barrio Barueri, Estaca Barueri, Brasil. Por lo general, Ricardo es el primero en llegar a la iglesia, a pesar de que para ello tiene que caminar 4 kilómetros. Dice que desea asistir a todas las reuniones, aun a aquellas que no se llevan a cabo los domingos.

Aunque es el único miembro de la Iglesia de su familia, aún así hace todo lo que puede para establecer el reino del Señor. “Eso es lo que deseas hacer cuando tienes un testimonio”, dice él; e incluso está aprendiendo a tocar el piano para acompañar el canto en la reunión del sacerdocio.

“Lo que en realidad importa es la eternidad”, afirma. “Ahora que soy miembro de la Iglesia, veo todo con la perspectiva de una luz eterna”.

¿Acaso no brilla la luz de los cielos para cualquiera que busca al Señor? ¿Aun para aquellos que se consideran a sí mismos como entre los más pequeños en el reino? Ciertamente que sí. Pregúntaselo a Ricardo; él lo sabe. ■

Después de una experiencia que tuvo durante el programa de la recepción para el público, del Templo de São Paulo, Brasil, Ricardo se pregunta: “¿Por qué Dios le prestaría atención a alguien tan insignificante como yo?”. Pero ahora dice: “Sé que Jesús me ama; sé que nuestro Padre Celestial escucha mis oraciones”.



Confiemos en Jehová perpetuamente



Reconoceremos la guía de Su mano en nuestra vida a medida que vivamos dignos de recibir la inspiración de Su Espíritu y actuemos después de acuerdo con esa inspiración.

POR MARGARET S. LIFFERTH

Primera Consejera de la Presidencia General de la Primaria

A Isaías se le llamó a efectuar una tarea difícil; fue el profeta para los del pueblo de Judá cuando éstos vivían en la apostasía y, en su mayor parte, seguían el liderazgo de gobernantes inicuos. Fue una época en la que existían la opresión contra los pobres, la idolatría que iba en aumento y la transgresión de las leyes de moralidad mientras los reinos de Judá e Israel se enfrentaban a los ejércitos de sus hostiles vecinos, quienes avanzaban contra ellos.

Isaías aconsejó al pueblo que se arrepintiera, que creyera en la venida del Mesías y que confiara “en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos” (Isaías 26:4). Al escuchar, el pueblo prosperó; pero Isaías observó con tristeza la forma en que el pueblo del convenio de Israel finalmente rechazó el consejo divino. Al ser guiado por inspiración, Isaías profetizó la destrucción y el esparcimiento de Israel y vivió para ver la cautividad de las diez tribus de Israel y el cercano final del poder y de la prosperidad de Judá.

Sin embargo, dado su llamamiento profético, Isaías también nos vio a nosotros, el pueblo del convenio de los últimos días y sintió consuelo al saber que el reino del Señor no sólo iba a establecerse nuevamente sobre la

tierra, sino que los Santos de los Últimos Días buscarían las bendiciones que se le prometen a la casa de Israel y que vivirían dignos de ellas. “Ahora, pues, oye... Israel, a quien yo escogí... mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos” (Isaías 44:1, 3).

Las palabras de Isaías se han preservado específicamente para nosotros; se hace referencia de ellas en muchos de los pasajes de las Escrituras. El profeta Jacob, del Libro de Mormón, nos hace recordar: “...Y hay muchas cosas que Isaías ha hablado, las cuales se os pueden aplicar, pues sois de la casa de Israel” (2 Nefi 6:5). ¿En qué aspecto se aplican a nosotros las enseñanzas de Isaías? ¿Cómo podemos aplicar, de manera individual, sus palabras a cada uno de nosotros?

Buscar al Señor

Isaías y el pueblo de esa época vivían en un campo de batalla político y moral, y está sucediendo lo mismo con nosotros. Cuando Isaías les suplicó a los que le escuchaban que confiaran en el Señor, también se dirigía a nosotros. ¿De qué manera buscamos la dirección, la fortaleza y la protección del Señor y a la vez reconocemos Su mano en nuestra vida?

Al hacer convenios y observarlos, tenemos a nuestra disposición grandes bendiciones; particularmente, al bautizarnos y ser confirmados recibimos el don del Espíritu Santo.

Al honrar los convenios y renovarlos cada semana cuando participamos de la Santa Cena, se nos promete que podremos “siempre... tener su Espíritu” con nosotros (Moroni 4:3; D. y C. 20:77). Las promesas del Señor son ciertas; reconoceremos la guía de Su mano en nuestra vida, a medida que vivamos dignos de recibir la inspiración de Su Espíritu y actuemos de acuerdo con esa inspiración.

Además de las Escrituras y de la guía de los profetas vivientes, he encontrado por lo menos tres maneras mediante las cuales el Señor puede guiarnos:

1. Podemos obtener respuestas a oraciones específicas.
2. El Señor a menudo influirá en nuestros pensamientos, palabras y acciones aun cuando no hayamos buscado orientación específica.

De pronto vino claramente a mi mente la idea de que debía ir más temprano a la escuela para recoger a mi hija. Cuan agradecida me siento por que el Señor guiara a una madre a consolar a su hija.



3. Cuando hacemos frente a la adversidad y pensamos que el Señor nos ha abandonado, Él nos bendecirá con fortaleza para aprender las lecciones importantes de la vida.

Orientación divina

Es un privilegio y una bendición buscar la guía del Señor al acudir a Él en oración.

Buscamos Su voluntad con respecto a nosotros en las diversas circunstancias de la vida: cuando tratamos de decidir con quién casarnos y cuándo hacerlo; qué carrera o estudios académicos debemos seguir o dónde vivir; cuando deseamos saber cómo cumplir con un llamamiento, ayudar en los asuntos familiares o prestar ayuda a un vecino o a un niño; y cuando necesitamos saber qué lecciones debemos aprender de la adversidad.



A veces el Señor responde a nuestras oraciones de manera específica. En otras ocasiones, debemos tomar decisiones de acuerdo con nuestro mejor criterio.

La mayoría de las veces obtengo una respuesta específica a mis oraciones en asuntos tales como éstos. En otras ocasiones, debo tomar una decisión de acuerdo con el mejor criterio que poseo. A veces el tiempo del Señor es distinto al mío, pero reconozco con agradecimiento Su mano en mi vida a medida que Él contesta mis oraciones.

También he descubierto que el Señor es generoso y con frecuencia nos da guía en nuestros asuntos, aun cuando no la hayamos buscado. Hace algún tiempo, una de nuestras hijas se postuló para las elecciones de un cargo en la escuela secundaria a la que asistía. El día de las elecciones, me hallaba en casa ocupada con los quehaceres diarios y de pronto vino claramente a mi mente la idea de que nuestra hija había perdido las elecciones y que yo debía ir más temprano a la escuela para recogerla. Observé el reloj y cuando supe que había llegado el momento en que se anunciarían los resultados de las elecciones, llegué a la escuela. Al entrar por la puerta principal, todos los estudiantes que habían participado en las elecciones estaban sentados en el pasillo de entrada; estaban escuchando los resultados antes de que se anunciaran al resto de los alumnos. Nuestra hija se sintió agradecida de volver a casa temprano

para poner sus pensamientos, sus emociones y sus prioridades en orden antes de reunirse con sus amigas al día siguiente. Estoy agradecida por que el Señor, quien creó el universo, también guiara a una madre a consolar el corazón de su hija.

He sentido la inspiración del Espíritu en otras ocasiones cuando no he buscado una guía específica; ha estado allí para prevenirme; me ha ayudado cuando no sabía qué decir ni qué hacer en mis esfuerzos por “llorar con los que lloran... y... consolar a los que necesitan de consuelo” (Mosiah 18:9). Me ha confirmado las

verdades que se enseñaron en una lección o en un discurso y me ha guiado en la forma en que debo responder a mis hijos cuando hacen preguntas o tienen dudas o cuando desean seguir las cosas del mundo. He descubierto que a menudo las palabras necesarias o aquello que debemos hacer nos “será dado en la hora, sí, en el momento preciso” (D. y C. 100:6).

Cuando cada uno de nosotros hace frente a la adversidad, tal vez haya ocasiones en que nos preguntemos si el Señor se acuerda de nosotros. Isaías nos enseña que hay que confiar en el Señor aun ante esas situaciones:

“Bien que os dará el Señor pan de congoja y agua de angustia, con todo, tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros.

“Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él” (Isaías 30:20–21).

La adversidad muchas veces nos hace más receptivos a la inspiración del Espíritu. Y entonces nos “[convertiremos] a Jehová, y [nos] será clemente y [nos] sanará” (Isaías 19:22). Al confiar en el Señor durante la adversidad, abrimos la puerta a Su poder fortalecedor y sanador.

“Nos gozaremos y nos alegraremos”

Sé que al aplicar las enseñanzas de Isaías a nosotros mismos, sentiremos gozo por su consejo de “confia[r] en Jehová perpetuamente”. Al hacer convenios y observarlos y al seguir la inspiración de Su Espíritu, la mano del Señor guiará nuestra vida y tendremos aseguradas las bendiciones que se nos han prometido.

“Destruirá a la muerte para siempre; y enjugará Jehová el Señor toda lágrima de todos los rostros...”

“Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isaías 25:8–9). ■

Brindemos servicio y apoyo a cada hermana



Por medio de la oración, seleccione de este mensaje los pasajes de las Escrituras y las enseñanzas que satisfagan las necesidades de las hermanas a las que visite. Comparta sus experiencias y su testimonio e invite a las hermanas a las que enseñe a hacer lo mismo.

Las bendiciones del pertenecer a la Sociedad de Socorro: La Sociedad de Socorro contribuye a que las hermanas sientan que se las necesita, se las incluye, se las valora y se las ama, sin tener en cuenta sus circunstancias personales. Las hermanas de la Sociedad de Socorro se apoyan unas a otras cuando comparten su fe, su amistad y su amor.

¿De qué forma nos hace sentir la Sociedad de Socorro que se nos valora y se nos ama?

Mosiah 18:21: “Y les mandó que... fijasen su vista hacia adelante... teniendo entrelazados sus corazones con unidad y amor el uno para con el otro”.

Bonnie D. Parkin, presidenta general de la Sociedad de Socorro: “Cada vez que velamos las unas por las otras, el alma de las personas a las que visitamos se llena de las cualidades divinas de amor, paciencia, bondad, generosidad y dedicación espiritual, ensanchándose al mismo tiempo nuestras propias almas. Con ello, honramos nuestros convenios. Veo un grupo numeroso de hermanas fieles en todo el mundo que siguen adelante cumpliendo con la obra del Señor y efectuando un servicio sencillo pero significativo” (“Visiting Teaching: The Heart and Soul of Relief Society” [discurso pronunciado en el Programa de recepción al público en otoño de 2003]).

Kathleen H. Hughes, primera consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro: “A veces oímos a hermanas decir que no sienten el amor del Señor. Pero quizás sentirían más de Su amor si pudieran ver la influencia que Él tiene sobre las personas que las atienden con cariño. Podrá ser un miembro de su rama o barrio, algún vecino o incluso una persona desconocida que les haga un bien y les manifieste el amor de Cristo” (“Quienes nos brindan su amor: amigos que tienen el amor de Cristo”, *Liabona*, mayo de 2005, pág. 75).

¿De qué forma nos prestamos servicio y nos apoyamos unas a otras mediante la Sociedad de Socorro?

1 Tesalonicenses 5:11: “Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros”.

Presidente Gordon B. Hinckley:

“¿Quién puede medir el gozo que ha llegado a la vida de... las mujeres que se han edificado unas a otras?”

“¿Quién... se puede imaginar los incontables actos de caridad que se han llevado a cabo, la comida que ha llegado a mesas vacías, la fe que se ha nutrido en horas desesperantes de enfermedad, las heridas que se han vendado, los dolores que manos amorosas han aminorado y las tiernas y confortantes palabras, el consuelo que se ha dado en tiempos de muerte y de la consiguiente soledad?”

“Lucy Mack Smith, madre del Profeta, al dirigirse a las hermanas de Nauvoo, dijo: ‘Debemos atesorarnos unas a otras, velar unas por otras, consolarnos unas a otras y adquirir conocimiento a fin de que todas nos sentemos juntas en el cielo’. ...Las mujeres de la Iglesia no han tenido que esperar a sentarse juntas en el cielo para probar el dulce fruto de la clase de actividades que ella describió. En la tierra han experimentado lo que es el cielo, ya que en vida se han atesorado unas a otras, se han consolado unas a otras e instruido unas a otras” (“Ambitious to Do Good”, *Ensign*, mayo de 1992, págs. 4–5).

Élder Joseph B. Wirthlin, del Quórum de los Doce Apóstoles: “La Iglesia no es un lugar donde se reúnen personas perfectas para decir cosas perfectas o tener pensamientos y sentimientos perfectos. Más bien es un lugar donde se reúnen personas imperfectas para brindarse ánimo, apoyo y servirse mutuamente... estamos aquí con el mismo propósito: aprender a amarlo [a Dios] con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, y a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos” (“La virtud de la bondad”, *Liabona*, mayo de 2005, pág. 28). ■



Cómo aprender a oír la voz del Señor

Si asistimos a las reuniones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro con la actitud apropiada, volveremos a casa con un testimonio de haber oído la voz del Señor y de conocer Sus palabras.

POR AARON L. WEST

Departamento de Cursos de Estudio

Imagine que se encuentra en una reunión del quórum de élderes, del grupo de sumos sacerdotes o de la Sociedad de Socorro; el maestro acaba de empezar una lección de “Enseñanzas para nuestra época” cuando el presidente Gordon B. Hinckley entra en la sala y toma asiento. Todos se dan vuelta para mirar al profeta y quedan sin saber qué decir. Él rompe el silencio pidiendo disculpas por haber llegado un poco tarde y pregunta si le permiten dar unas palabras de consejo a los presentes.

Ahora imagine que el maestro hace un movimiento de cabeza en dirección al presidente Hinckley, sonrío y continúa con su lección. Unos cuantos miembros levantan la mano y hacen comentarios largos o cuentan detalladamente experiencias personales, sin siquiera mencionar al profeta sentado entre ellos.

Pasados unos cuarenta minutos, usted no puede soportar más y levanta la mano; cuando el maestro le da

la palabra, usted dice: “Mmm... ¿podríamos escuchar ahora al presidente Hinckley?”.

El maestro mira el reloj. “¡Ah!”, exclama. “Perdonen, yo tenía preparado tanto material y parece que nunca tenemos suficiente tiempo para hablar de todo. Bueno, mmm... voy a terminar y después podemos escuchar unas palabras del presidente Hinckley”.

Después de que el presidente Hinckley dice unas pocas palabras, el maestro agradece a todos el haber participado, alguien da la oración y todos salen de la sala de clase.

Por supuesto, éste es un ejemplo exagerado. Si el presidente Hinckley visitara el quórum de élderes, el grupo de sumos sacerdotes o la Sociedad de Socorro de su barrio, seguramente el maestro le daría todo el tiempo que él quisiera tomar. Pero, ¿qué pasa cuando se nos asigna analizar un discurso de conferencia general del presidente Hinckley o las enseñanzas del presidente Wilford Woodruff? ¿Damos a las palabras de los profetas la atención que merecen? ¿Estudiamos cada discurso o capítulo con el fin de prepararnos para la lección del domingo? ¿Dejamos que los profetas de los últimos días nos enseñen?

Otro ejemplo:

Imagínese que unas semanas después usted asiste a otra reunión del quórum de élderes (el grupo de sumos sacerdotes o la Sociedad de Socorro); el presidente del quórum hace unos anuncios y concede el tiempo al maestro.



Éste camina hasta el frente y dice: “La lección de hoy es el capítulo 17 del libro de Wilford Woodruff”; abre el libro en la primera página del capítulo y empieza a leer.

Cuando lee sobre las bendiciones que podemos recibir en el templo, la persona sentada delante de usted levanta la mano; es el hermano González, que hace pocos meses se selló en el templo con su esposa e hijos. Después de un rato de tener la mano en alto sin que el maestro dé señales de haberlo visto, el hermano González por fin se da por vencido. El maestro sigue con la lectura.

Unas páginas más adelante, empieza a leer unas palabras que a usted lo inspiraron mucho la noche anterior,

mientras estudiaba el capítulo; levanta la mano, pero un minuto después la baja, y el maestro sigue leyendo mientras usted siente arder en el corazón un testimonio que no se le permitió expresar.

Usted mira alrededor, observando a sus hermanos del quórum; algunos siguen la lectura del maestro; otros tienen la vista fija en el suelo y de vez en cuando echan una mirada al reloj; unos cuantos luchan por mantenerse despiertos. Nadie más levanta la mano.

Cuando el maestro concluye la lectura de todo el capítulo, ya es casi la hora de

Al enseñar y leer las palabras de los profetas de los últimos días, escuchamos las palabras del Señor.





“...hable uno a la vez y escuchen todos lo que él dijere... para que... todos sean edificados de todos”.

terminar; él expresa el testimonio y da fin a la lección un poco antes de lo necesario. Alguien dice la oración y todos salen de la sala de clase.

¿Le parece otro ejemplo exagerado? Así es. La mayoría de los maestros están deseosos de escuchar los testimonios y las experiencias de los miembros del quórum o de la clase. Pero, por ser una Iglesia de maestros y alumnos, probablemente podríamos mejorar nuestros esfuerzos por animar y participar en análisis significativos.

La enseñanza y el aprendizaje en la Iglesia

Aun cuando los ejemplos mencionados parezcan improbables y hasta un poco ridículos, hacen destacar dos problemas comunes en la enseñanza y el aprendizaje que tienen lugar en la Iglesia: A veces nos empeñamos tanto en dirigir un buen análisis con la clase, que nos apartamos de los materiales producidos por la Iglesia; por el otro extremo, a veces estamos tan determinados a seguir el curso de estudio que eliminamos el análisis que podría ser valioso.

Cuando tenemos la oportunidad de enseñar, ¿cómo podemos seguir fielmente el curso de estudio de la Iglesia y fomentar al mismo tiempo el buen análisis? Me he hecho esa pregunta, con el deseo de enseñar la verdad por el poder del Espíritu y recibirla por ese mismo poder (véase D. y C. 50:17–22). Aunque no lo sé todo al respecto, he descubierto dos pasajes de las Escrituras que me han ayudado.

“...habéis oído mi voz...”

El Señor dijo:

“Estas palabras no son de hombres, ni de hombre, sino mías; por tanto, testificaréis que son de mí, y no del hombre.

“Porque es mi voz la que os las declara; porque os son dadas por mi Espíritu, y por mi poder las podéis leer los unos a los otros; y si no fuera por mi poder, no podríais tenerlas.

“Por tanto, podéis testificar que habéis oído mi voz y que conocéis mis palabras” (D. y C. 18:34–36).

Ese consejo se refiere a las revelaciones de Doctrina y Convenios, pero se aplica también a las enseñanzas que analizamos en las reuniones del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro, y en realidad, en todas las reuniones del domingo. Al leernos unos a otros las palabras de los profetas de los últimos días, leemos las palabras del Señor (véase D. y C. 1:38).

Creo que si nos dedicamos a la enseñanza y al aprendizaje en la Iglesia con la actitud apropiada, volveremos a casa con un testimonio de haber oído la voz del Señor. ¿No es ésa la esperanza que tenemos cuando hablamos del Evangelio unos con otros? Una vez que termina la lección, no queremos que la gente se maraville de lo que hayamos dicho, sino que esperamos que se regocije con la palabra del Señor.

Que “todos sean edificados de todos”

Sin embargo, no nos reunimos todos los domingos sólo para leer unos a otros. El Señor enseñó lo siguiente:

“Nombrad de entre vosotros a un maestro; y no tomen todos la palabra al mismo tiempo, sino hable uno a la vez y escuchen todos lo que él dijere, para que cuando todos hayan hablado, todos sean edificados de todos y cada hombre tenga igual privilegio” (D. y C. 88:122).

Necesitamos fortalecernos unos a otros, y los análisis de las clases nos dan una gran oportunidad de hacerlo. Me encanta ver a un maestro que actúa como instrumento del Señor, testificando de las verdades que ha aprendido mientras preparaba la lección; y mi testimonio crece al oír los de las demás personas; mi experiencia se engrandece cuando los demás cuentan las suyas. Estoy agradecido por los análisis perceptivos, sinceros e inspiradores de fe que se llevan a cabo en la Iglesia.

La lectura y el análisis

¿Podemos aplicar en la misma lección lo que se enseña en Doctrina y Convenios 18:34–36 y en 88:122? Creo que sí, siempre que sigamos una regla sencilla: empecemos con Doctrina y Convenios 18:34–36, o sea, empecemos por leer las enseñanzas de los profetas. Establezcamos la palabra del Señor como base del análisis, y luego edifiquemos sobre esa base siguiendo el principio que se enseña en Doctrina y Convenios 88:122.

Esta regla es tan sencilla que ni siquiera sería necesario mencionarla. Sin embargo, puede tener un profundo efecto en la actitud que tengamos hacia la enseñanza y el aprendizaje en la Iglesia. Si consultamos los siguientes materiales producidos por la Iglesia, encontraremos ideas particulares para que los maestros y los alumnos puedan seguir esa regla:

- *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*: Wilford Woodruff, Introducción. Esas páginas contienen ideas para el estudio individual y para la preparación de lecciones, y bosquejan el modelo que puede seguir el maestro al preparar las lecciones del libro.
- *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*: Wilford Woodruff, capítulo 6. Este capítulo, titulado “La enseñanza y el aprendizaje por medio del Espíritu”, contiene consejos inspirados en cuanto a lo que debemos hacer cuando nos congregamos para aprender el Evangelio.

- Las instrucciones de “Enseñanzas para nuestra época”, que se encuentran en las últimas páginas del número de *Liabona* dedicado a la conferencia general, dan el esquema de un proceso sencillo para preparar una lección sobre esas enseñanzas.

Cuando todo tiene sentido

Otro ejemplo, algo de la vida real.

Recuerdo un día, hace varios años, en que estaba en una reunión del quórum de líderes, disfrutando de una lección basada en “La familia: Una proclamación para el mundo”. En cierto momento, un miembro del quórum leyó parte de la proclamación; el maestro estaba a punto de seguir adelante, cuando otro hermano levantó la mano y dijo: “Quiero hacer una pregunta”. A continuación, citando una frase que acabábamos de leer, preguntó: “¿Cómo podemos enseñar a nuestros hijos ‘a amar y a servirse el uno al otro?’” La expresión de su cara y el tono de la voz revelaban que aquello era algo más que una simple pregunta; era una solicitud de ayuda. Me sentí agradecido de que él lo preguntara, porque había expresado una preocupación que yo mismo tenía en el corazón.

Aquella sincera pregunta cambió el curso de la lección. Nuestro maestro dejó de lado por el momento el plan que había preparado. Los miembros del quórum se pusieron a pensar y expresaron algunas ideas y experiencias para responder a la interrogante del amigo. Después, el maestro dijo lo que él pensaba al respecto y continuó con la lección, concentrándose en otras verdades de la proclamación. El análisis duró sólo unos pocos minutos, pero todavía tiene influencia en mí y en mi familia.

Doctrina y Convenios 18:34–36 y 88:122 se combinaron en aquella reunión de quórum. El proceso comenzó por el maestro, que era lo bastante humilde y sabio como para exhortarnos a leer las palabras de los profetas; continuó con el miembro del quórum que tuvo el valor de hacer una pregunta, de pedir ayuda. Luego, varios hombres procedentes de medios diferentes, hablaron uno a la vez, y “todos [fueron] edificados de todos”. Testifico que, por el poder del Espíritu Santo, oí la voz del Señor aquel día, primero de boca de Sus profetas y después de mis vecinos y amigos. Y regresé a casa conociendo mejor que el día anterior la palabra del Señor. ■



Tras la caída, el milagro

POR JANET THOMAS

Revistas de la Iglesia

El incidente salió en primera plana de los periódicos del mundo entero. Un misionero Santo de los Últimos Días se había caído por un precipicio de 70 m de altura en Australia, ¡y vivió para contarlo! Eso equivale a una caída desde el piso 23 de un edificio.

A veces basta con una sola frase para contar un milagro, pero en el caso del élder Matthew Weirich, el misionero que se cayó, cada detalle de su caída representa para él un testimonio de que el Señor tiene un plan para su vida que todavía no ha llegado a término.

Al élder Weirich, de Fredricksburg, Texas, sólo le quedaban tres meses de servicio misional en la Misión Australia Sydney Sur. Durante un día de preparación de junio de 2004, tres de sus compañeros y él obtuvieron autorización para visitar un parque local y ver unos animales que son exclusivos de Australia. Mientras regresaban, vieron una señal que indicaba un punto de observación del Gran Cañón. Como estaba cerca, decidieron ir a ver cómo era aquel Gran Cañón australiano. Ahí acaban los recuerdos que el élder Weirich tiene de aquel día. Días más tarde, en el hospital, tuvo que preguntar



Matt Weirich se cayó desde este precipicio en Australia y vivió para contarlo.



a sus compañeros qué había sucedido después.

El grupo había caminado hasta el mirador y después había seguido unos senderos que descendían hacia unas cuevas. De regreso al mirador, pasaron por unos escalones de piedras ásperas, y a uno de los misioneros se le salió un zapato que no estaba atado firmemente. El zapato había caído a cierta distancia por una cuesta, y desde donde se encontraba el élder Weirich, pudo ver que se había quedado atascado en un arbusto, a unos pasos más allá del sendero. Parecía fácil recuperarlo, y se ofreció a hacerlo.

Sus compañeros dijeron que el élder exclamó que ya lo tenía en sus manos, tras lo cual oyeron el ruido de rocas que caían. Como no veían a su compañero, no sabían qué había ocurrido, pero cuando aquel ya no respondía a sus llamados, tuvieron miedo de que se hubiera caído.

Los tres misioneros se acercaron a mirar al borde del precipicio lo más que se atrevieron, después oraron y se fueron a buscar un teléfono celular para llamar a la policía. Oyeron un portazo en el estacionamiento y

FOTOGRAFÍAS POR JANET THOMAS Y CORTESÍA DE LA FAMILIA WEIRICH, EXCEPTO DONDE SE INDIQUE LO CONTRARIO.



Un helicóptero lo rescató del fondo del precipicio. El anillo de Matt (en el que está inscrita la palabra “fe”) muestra sus sentimientos al respecto. Página opuesta: Unas semanas después de su caída, Matt y su compañero, el élder Peterson, bautizaron a Marcus y a May Wong. Matt y sus padres en el Templo de Sydney, Australia.

corrieron hacia el hombre que acababa de llegar para preguntarle si tenía un teléfono móvil que les pudiera prestar. Resultó que sí tenía uno, así que llamaron al número de emergencias.

Una hora más tarde, cuando ya oscurecía, llegó un equipo de rescate. Comenzaba a hacer frío y los helicópteros equipados con sistemas de búsqueda termodirigida no encontraban ningún indicio del paradero del élder Weirich. Todos empezaron a temer que no hubiese ningún sobreviviente que rescatar.

Pero se equivocaban.

Al día siguiente, al amanecer, el equipo de búsqueda empezó su descenso al fondo del precipicio; allí encontraron al élder Weirich, vivo aunque semiconsciente. Con cuidado, lo colocaron en una camilla y lo sacaron de allí en helicóptero. Lo llevaron al hospital, donde el equipo médico lo esperaba, suponiendo que tendrían que tratar a alguien que tenía muchos huesos fracturados

y otras heridas graves. Resultó que el élder Weirich tenía un poco de inflamación cerebral, pero las únicas roturas que sufrió fueron en la nariz y dos pequeñas fracturas por encima del ojo, las cuales no trataron para que se curaran solas.

Una lista de milagros

Al pensar en lo sucedido, Matt enumera los milagros que le permitieron sobrevivir.

Antes de salir a la misión, él practicaba el salto con pértiga. De hecho, fue campeón nacional de la escuela secundaria y tenía previsto ir a la universidad con una beca de atletismo. Quizá —aunque no recuerda exactamente lo que hizo mientras caía— su entrenamiento en el campo deportivo tomó el control de la situación y le permitió colocarse de modo que se redujera el daño al caer.

En la parte superior del precipicio, antes de pasar a la caída libre final de 27 m, se estrelló contra varios salientes que redujeron la velocidad de la caída, como lo demuestran los arañazos y cortes en sus brazos.



En la actualidad, Matt se encuentra perfectamente y cae desde 5 m de altura sobre una colchoneta, mientras practica el salto con pértiga para el equipo de la Universidad Brigham Young.

Todas las noches, las temperaturas habían descendido por debajo de los cero grados, en cambio, aquella noche que pasó en el fondo del precipicio, la temperatura fue 10 grados más alta de lo habitual y no llegó a bajar de cero grados.

Al caer, se arrastró una corta distancia y terminó cabeza abajo, lo que quizá ayudara a mantener una buena circulación, a pesar de sus heridas.

El rescate lo llevaron a cabo personas expertas y se le dio una excelente atención médica.

Su historia de supervivencia atrajo gran interés en toda Australia. De repente, muchas personas de todas partes querían hablar con los misioneros, y se les abrieron las puertas. Muchos se preguntaban por qué había ocurrido este supuesto milagro, y planteaban preguntas profundas acerca de Dios y de la Iglesia que este misionero representaba.

Matt descubrió otras bendiciones a raíz de esa experiencia. Él dice: “Todo esto me ha acercado a mi familia y me ha hecho comprender el valor de la vida; es más que el sólo vivir día a día o pensar que podrás compensar tus errores más adelante.

“Ya no me pregunto por qué. Ahora me pregunto: ‘¿Qué puedo aprender de esto?’. Lo único que sé es que fui

un instrumento en las manos del Señor. He observado algunos de los efectos que todo esto ha tenido en otras personas y he llegado a la conclusión de que el Señor tiene ciertas cosas que quiere que yo haga. Cuando surgen las tentaciones, me doy cuenta de que no se me salvó para que cayera en el pecado. Tengo que recordar que el Señor tiene un plan para todos nosotros”.

Matt Weirich ha regresado de su misión; se ha recuperado y sigue saltando con pértiga en el equipo de atletismo de la Universidad Brigham Young, donde continúa sus estudios. ■



ESCOJAN UN FUTURO BRILLANTE



**Si haces el bien,
las cosas irán bien.**

POR EL ÉLDER JOHN H. GROBERG

De los Setenta

Una de las decisiones más importantes que han de tomar es la de si confiarán o no en el Señor. Si desean un futuro brillante, tendrán que tomar esa decisión ahora mismo: ¿confían o no en el Señor? Si lo hacen, obedecerán Sus mandamientos.

Pueden confiar en el hombre o en el Señor. Les irá mucho mejor si confían en el Señor, porque si confían en el hombre, ¿quién sabe dónde acabarán? Yo siempre digo: “Si haces el bien, las cosas irán bien. Si haces el mal, las cosas irán mal”. Es así de sencillo. Confíen en el Señor y obedézcanle.

Una enorme diferencia

¿Cómo obedecemos al Señor? Hay muchas maneras. Me gustaría mencionar una específica para los hombres jóvenes.

Ustedes tienen una responsabilidad. Cuando recibieron el sacerdocio, tomaron la responsabilidad de compartir el Evangelio. Una de las mejores maneras de hacerlo consiste en servir en una misión. Ahora bien, para servir en una misión, hay muchas cosas que tienen que hacer: Tienen que pagar el diezmo; tienen que asistir a la Iglesia; tienen que ser moralmente puros; tienen que ser dignos en todos los aspectos; tienen que prepararse; tienen que estudiar las Escrituras, pero les prometo que si se preparan, si guardan los

mandamientos del Señor y si sirven en una misión, eso producirá un gran cambio para bien en la vida de ustedes, así como en el mundo.

En la misión, no sólo enseñan la verdad a los demás, sino que también ustedes mismos aprenden más de ella. Puedo decir con toda sinceridad que aprendí más principios eternos del Evangelio durante la misión que en ningún otro momento. Incluso hoy puedo mirar hacia atrás, a mi misión, y me doy cuenta de las lecciones que aprendí en aquel tiempo.

Sirvan en una misión. Prepárense.

Ahora bien, ustedes, las mujeres jóvenes, quizá se pregunten: “Nos ha hablado de los hombres jóvenes, pero, ¿qué hay de nosotras?”. Los hombres jóvenes tienen *la responsabilidad* de servir en una misión, y las mujeres jóvenes tienen *la oportunidad* de hacerlo. La decisión es suya. Pueden ir o no ir.

Mi esposa y yo tenemos bastantes hijas. Más o menos la mitad de ellas sirvieron en una misión y se sienten muy felices por haberlo hecho. Las que no fueron también se sienten muy satisfechas; están casadas y tienen su propia familia. La decisión es de ustedes.

Pero ustedes, jovencitas, tienen la responsabilidad de asegurarse de que los hombres jóvenes con los que se relacionen estén deseosos de servir y sean dignos de hacerlo. Ustedes no hagan nada, y no les permitan a



marcharme, me preguntó: “¿Tiene tiempo para hablar con un jovencito? Es un joven muy bueno; siempre ha querido servir en una misión, pero ahora dice que no irá. Hemos hablado con él, pero parece que no logramos nada. ¿Podría hablar usted con él?” Le respondí que me encantaría.

Ese jovencito había crecido siendo miembro activo de la Iglesia, pero había visto a su padre quedarse sin trabajo en la mina varias veces.

Poco antes de cumplir los 19 años, este jovencito consiguió trabajo en un almacén. El gerente quedó muy impresionado con él y le dijo: “Si

ellos hacer nada con ustedes que los desanime o los descalifique para servir en una misión. Anímenlos en todo momento.

La respuesta de Jill

A veces se preguntarán: “¿Tengo en realidad el poder para animar a los demás a servir?”. Ustedes tienen más poder del que se imaginan. Permítanme darles un ejemplo. Hace varios años, se me dio la asignación de una conferencia de estaca en una pequeña población minera.

Mientras hablaba con el presidente de estaca antes de

aceptas este trabajo ahora mismo, te haré gerente auxiliar, y dentro de dos años llegarás a ser el gerente”.

“Tenía planes para ir en una misión”, respondió el joven.

El gerente dijo: “Bueno, puedes hacer lo que quieras, pero perderás este trabajo. Te necesito ahora mismo”.

Así que se puso a considerar la oferta. Tenía una novia que se llamaba Jill, y pensó: “Amo mucho a Jill, y si consigo este trabajo, no tendré que trabajar en la mina. Podemos comprar una casa, casarnos y formar una familia”. De modo que tomó la determinación de que no serviría en una misión porque se le había presentado esa gran oportunidad.

Habló con su padre, y éste hizo todo lo que pudo para convencerlo de que sirviera en una misión, pero no lo logró. El padre le pidió a su hijo que hablara con el obispo; el obispo tampoco logró convencerlo, ni tampoco el presidente de estaca. Yo hablé con él y no logré convencerlo. Él estaba decidido a trabajar en ese almacén.

Finalmente, cuando todo indicaba que no iría a la misión, su padre le preguntó: “Entonces, ¿qué planes tienes?”.

“Voy a casarme con Jill”.

“¿Qué dice Jill al respecto?”

“Bueno, todavía no se lo he dicho”.

“Para empezar, ¿cómo sabes si se casará contigo?”

El joven lo había dado por sentado.

Su padre le dijo: “Más vale que hables con Jill”.

Así que él le explicó a Jill lo de aquel estupendo trabajo y del buen dinero que iba a ganar. Al final, le dijo: “¿Sabes? Con este trabajo podríamos comprar una casa; podríamos empezar una familia”.

Jill le preguntó: “¿Me estás proponiendo matrimonio?”.

“Pues, sí, supongo que sí”.

“¿Y la misión?”

“Ya te he dicho que si voy a la misión perderé este trabajo. Si pierdo el trabajo, no tendremos esos ingresos; no podremos casarnos ni podremos tener una casa”.

Y ahora les pido que recuerden que cuatro hermanos del sacerdocio —su padre, su obispo, su presidente de estaca y una Autoridad General— no lograron convencerlo.

Jill lo miró y le dijo: “Si no hay misión, no hay Jill”.

Al día siguiente, fue a la oficina del obispo para llenar los papeles para ir a la misión.

El Señor preparará el camino

Él sirvió en una misión, y mientras servía, Jill se casó con otra persona. No obstante, él ya había estado en la misión el tiempo suficiente como para obtener un firme testimonio.

Cuando este élder regresó a su casa después de su maravillosa misión, se dirigió a sus padres y les dijo: “He decidido ir a la universidad”.

Casi se desmayaron, y dijeron: “Nadie de nuestra familia ha ido a la universidad. ¿Cómo vas a hacerlo?”

“No lo sé, pero hablé con mi presidente de misión y él me dijo que era una buena idea, y que si era lo que debía hacer, el Señor prepararía el camino”. Y el Señor preparó el camino. Él era un joven inteligente y llegó a ser dentista; se casó con una mujer magnífica y juntos criaron una hermosa familia.

Pero la historia no acaba aquí. No muchos años después de establecer su clínica dental en una región diferente, ¿adivinen que sucedió? Cerraron la mina y, de hecho, también el poblado. Y el almacén que tanto significaba para él años antes tuvo que cerrar sus puertas ya que el negocio no marchaba bien.

¿Qué habría sucedido si él hubiera seguido los dictados de los hombres o simplemente sus propios sentimientos? Quizá se habría casado con Jill y habrían tenido una hipoteca que no hubieran podido pagar y una casa que no hubieran podido vender.

Dios siempre nos bendice cuando guardamos Sus mandamientos, pero si nos atenemos a nuestra propia manera de pensar, quedaremos a merced del mundo. Es mucho mejor estar a merced de Dios. Mucho mejor.

Si hacen lo correcto, las cosas les irán bien. Si quieren un futuro brillante, confíen en el Señor y guarden Sus mandamientos. ■

Extraído de un mensaje pronunciado durante una reunión espiritual para los jóvenes, efectuada el 8 de junio de 2004, en el Tabernáculo de Salt Lake. El élder John H. Groberg sirvió como miembro de los Setenta de 1976 a 2005.



APRENDE A COMPARTIR

Casi todos *deseamos* compartir el Evangelio con nuestros amigos. A veces sólo nos falta saber *cómo* hacerlo. Por esta razón, hemos pedido a los alumnos de seminario matutino de la Estaca Des Moines, Iowa, que nos den sus ideas al respecto. Ellos saben bastante del tema porque uno de los alumnos es un converso reciente y otros dos no son miembros de la Iglesia. Esto es lo que respondió la clase:

Ora. Ora para que el Señor te guíe a alguien que esté interesado en escuchar el Evangelio. Ora para saber qué decir y hacer para ayudar a esa persona.

Primero sé un buen amigo. Si eres un amigo de verdad, compartirás el Evangelio por amor, y tu amigo lo percibirá y no se ofenderá.

Sé un ejemplo. Es muy difícil pedir a un amigo que acepte principios que tú mismo no cumples.

Presta servicio. Así vivió el Salvador Su vida terrenal. Así es como los hijos de Mosiah se ganaron el corazón de sus conversos lamanitas (véase Alma 17–18).

Ayuda a tu amigo a tener experiencias edificantes. Si él pasa tiempo contigo en actividades de la Iglesia, o en salidas informales contigo y con tus amigos Santos de los Últimos Días, eso proporcionará un ambiente en el que él sienta el Espíritu.

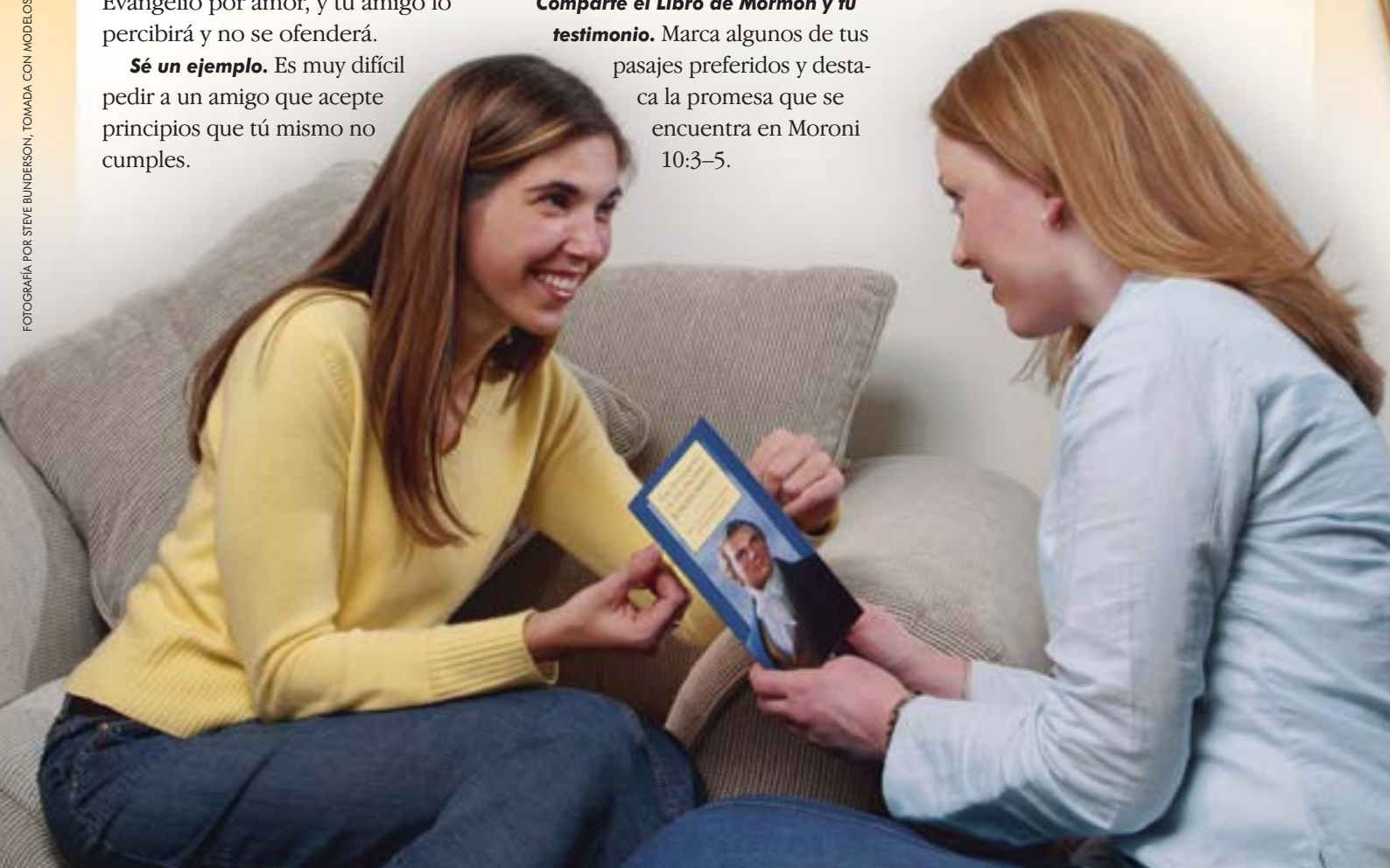
Escucha con interés y respeto. El escuchar es parte de ser amigo e invita a la otra persona a mostrar el mismo interés y respeto cuando compartas con él tus sentimientos acerca del Salvador y de Su Iglesia.

Comparte el Libro de Mormón y tu testimonio. Marca algunos de tus pasajes preferidos y destaca la promesa que se encuentra en Moroni 10:3–5.

Invita a tu amigo a reunirse con los misioneros de tiempo completo. Ellos pueden explicar nuestras creencias con claridad y contestar cualquier pregunta que él tenga. Participa en las lecciones junto a tu amigo.

Cree en el poder del Espíritu para ayudar a los demás a sentir su influencia. Recuerda que hasta el testimonio o la explicación del Evangelio más sencillos invitan al Espíritu a testificar. Ora para que el Espíritu te acompañe y te guíe.

Cree en tu amigo. Apóyalo y ánimo. Por encima de todo, si tu amigo no demuestra interés en la Iglesia por el momento, sigue siendo su amigo. ■



NICARAGUA

Con ansias del “fruto deseable”

Al compartir el “fruto deseable” del Evangelio, los miembros y misioneros de Nicaragua están contribuyendo a que sus seres queridos y sus amigos encuentren la paz.

POR DON L. SEARLE

Revistas de la Iglesia

“Creo que ha llegado el momento apropiado para Nicaragua”, dice Larry Zúñiga, del Barrio San Miguel, Estaca Masaya, Nicaragua, refiriéndose al crecimiento de la Iglesia en su país que, en nada más que un año, ha aumentado el número de estacas de dos a siete.

Si el hermano Zúñiga está acertado, este feliz hecho en la historia de la Iglesia en Nicaragua es el resultado de por lo menos dos factores: la influencia del Espíritu Santo en la gente que busca la verdad, y el efecto del manual *Predicad Mi Evangelio* como ayuda para que los miembros den a conocer el Evangelio. Los líderes del sacerdocio dirán que ven ambos factores influir en la vida de la gente.

El obispo Luis Castrillo, del Barrio Ciudad Santino, Estaca Managua, Nicaragua, explica que hay muchas personas en Nicaragua que están buscando respuesta a las preguntas sobre la vida y que la encuentran en las enseñanzas de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Él compara la condición de esas personas con



el hecho de tener mucha sed en un día de calor y no encontrar un lugar donde tomar algo; cuando al fin encuentran la manera de saciar esa sed, beben libremente y con gratitud del agua que el Evangelio de Jesucristo les ofrece.

Al considerar todo lo que está sucediendo en Nicaragua, el élder Spencer V. Jones, de los Setenta y Presidente del Área Centroamérica, cita tres causas del progreso de la

Iglesia allí. Primero, los nicaragüenses parecen tener “hambre espiritual”. Después de un largo período de conflicto en su país, “la gente está buscando paz y el Evangelio se la proporciona”. Segundo, “ha habido una sucesión de presidentes de misión fuertes que han desarrollado una buena relación con los líderes locales y los miembros. En realidad, los misioneros no tienen que salir a golpear puertas muy seguido, sino que por esa relación, tienen grupos muy grandes a quienes enseñar”. Tercero, como resultado, “los misioneros han desarrollado la fe de que tienen la capacidad de bautizar y no vacilan en exhortar a los investigadores a que se preparen para el bautismo. Tienen esa confianza y esa fe en el Señor”.

La dedicación al servicio

El hermano Zúñiga ejemplifica la dedicación a la obra misional que se halla entre los Santos de los Últimos Días. “Hay muchos miembros aquí dispuestos a ayudar”, dice. Después de haber cumplido una misión él mismo, sale tan seguido como le es posible a trabajar con los misioneros de tiempo completo; casi todos sus amigos han



Página opuesta: Jeannette Campos de Espinoza, ex presidenta de la Sociedad de Socorro de la Estaca Managua; el obispo Luis Castrillo, Barrio Ciudad Sandino, Estaca Managua. Abajo: Víctor Vallecillo y su hijo, Víctor. Derecha: Cindy Orozco enseña en una clase de las Mujeres Jóvenes del Barrio Miraflores, Managua. Abajo, derecha: Centro de estaca de Managua.



LA IGLESIA EN NICARAGUA

Población:
aproximadamente
5.500.000 habitantes.

Región de Managua:
aproximadamente
1.400.000 habitantes.

Miembros en Nicaragua:
más de 52.000.

Estacas: 7.

Distritos: 5.

Barrios: 44.

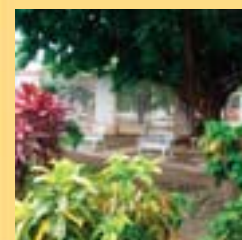
Ramas: 41.



estado dispuestos por lo menos a escuchar el Evangelio.

Desde que era niño, Larry Zúñiga quiso prestar servicio en una misión de tiempo completo. Su padre, que es carpintero, le hizo una cajita que le sirviera de alcancía y él empezó a ahorrar dinero para la misión; pero cuando tenía dieciocho años, la madre enfermó gravemente y él tuvo que sacar los ahorros para la misión y vender la bicicleta a fin de ayudar a pagar el tratamiento; de buena gana hizo ese sacrificio por ella. De todos

modos, con la ayuda de otros miembros y de parientes, incluso de algunos de ellos que no son miembros de la Iglesia, fue bendecido con los recursos económicos para cumplir una misión de tiempo completo. La dedicación del hermano Zúñiga a la obra misional ha contribuido a llevar a la Iglesia a cinco de sus buenos amigos, y dos de ellos ya han servido como misioneros. A su vez, él continúa sus labores con otros amigos.





Arriba: Poseedores del Sacerdocio de Melquisedec del Barrio Miraflores, reunidos en el patio de un edificio alquilado, mientras se remodela su centro de reuniones. Arriba, derecha: Paula Merlo, Chinandega. Derecha: Sergio Sáenz, Managua.



medio del ejemplo, invitando también a amigos y a conocidos a las noches de hogar en su casa para darles a conocer el Evangelio.

“Tengo dos responsabilidades”, afirma, “una es la de supervisar y la otra la de motivar a los miembros para que sus esfuerzos estén a la par con los de los misioneros”.

A causa de su apellido, sus amigos bromean diciendo que es una maravilla

en la obra misional. Por tener buen sentido del humor, el presidente Maravilla se ríe al oírlo, pero es muy serio con respecto a esa obra. Regularmente se reúne con los líderes misionales de zona para coordinar las labores en la estaca. Alienta con entusiasmo a los obispos a dirigir activamente la obra misional en los consejos de barrio y a verificar que se cumplan las asignaciones. Esos consejos son “el corazón de la obra misional”, comenta. Cuando las reuniones no se llevan a cabo, la obra se atrasa. “Hemos aprendido eso por experiencia propia”.

La Estaca Chinandega tiene un promedio de cuarenta y cinco bautismos por mes.

Compañeros en la enseñanza

“Todo comienza por la reunión de planificación que tenemos con los miembros”, comentó el élder William J. Reano, de Waverly, Tennessee, E.U.A., misionero en la Misión Nicaragua Managua. El élder Reano, que ya terminó su misión, y su compañero se reunían semanalmente con miembros de su área de Managua; éstos les daban nuevas referencias o les indicaban alguien que pudiera darles una. “Formamos una cadena de referencias”, dijo el élder Reano. “He aprendido que la base del éxito en la obra misional es la planificación”.

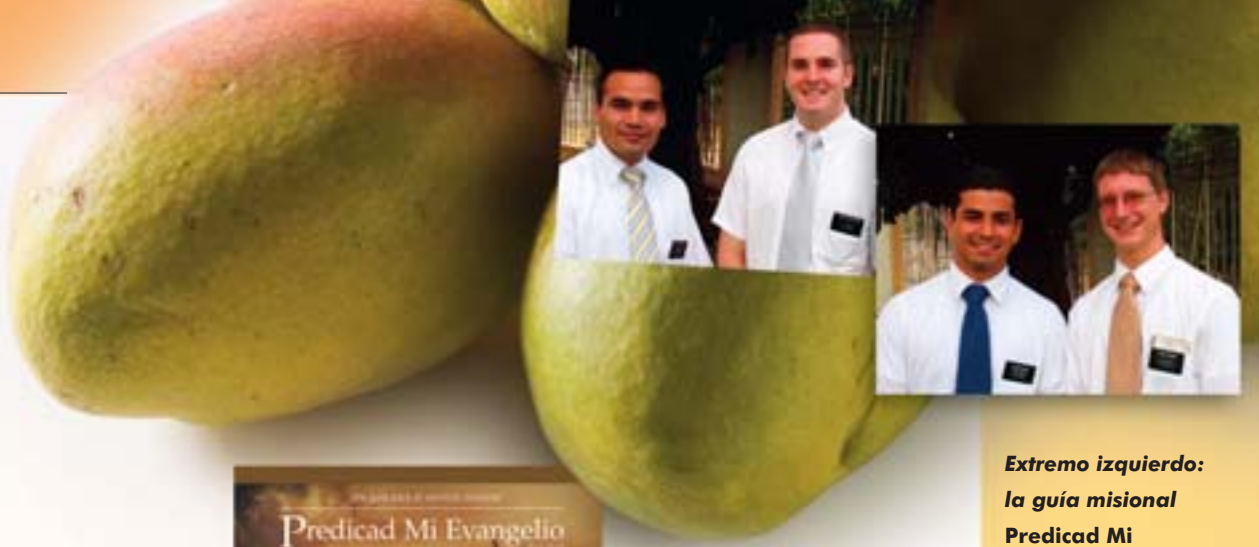
Su compañero, el élder Rodrigo León, de Costa Rica, atribuye el éxito de su enseñanza tanto a la experiencia del élder Reano como al manual *Predicad Mi Evangelio*, el enfoque en la enseñanza que ahora utilizan los misioneros. “Ese enfoque es cien por ciento eficaz si se emplea correctamente”, dice el élder León. El éxito brinda

Paula Merlo, del Barrio Acome, Estaca Chinandega, Nicaragua, es otro miembro que nunca deja pasar una oportunidad de hacer la obra misional. Si los misioneros piden a los miembros que les ayuden a encontrar personas a quienes enseñar, ella simplemente lo hace. La gente que visite su hogar probablemente se encontrará en medio de una reunión misional. Por ejemplo, hubo un sábado en que hizo arreglos con los misioneros para enseñar en su casa a un total de once investigadores en grupos separados.

La hermana Merlo se convirtió a la Iglesia hace catorce años, después de conocer el Evangelio por medio de una hija que se había bautizado. Tiene también otra hija en Panamá y un hijo en Honduras, y trata de compartir el Evangelio adondequiera que vaya al viajar por Centroamérica. Ella misma no sabe a ciencia cierta a cuántas personas ha contribuido a llevar a la Iglesia. Si la gente no acepta su invitación de escuchar a los misioneros, los invita a una noche de hogar en su casa para que sientan algo del espíritu del Evangelio.

¿Qué la motiva a hacer obra misional? “Primero”, dice, “es un mandamiento que el Señor nos ha dado. Y luego, después de haber ido al templo, me di cuenta de que si no hacemos algo por nuestros muertos o por los vivos, no hacemos nada por el Señor”.

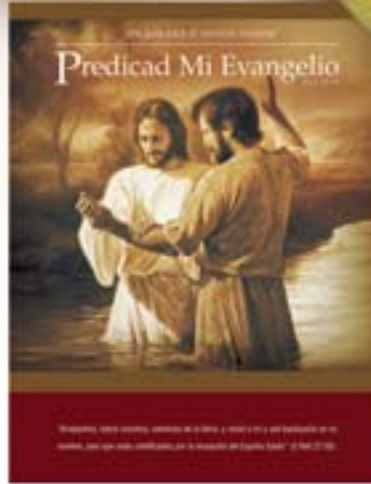
Ernesto Maravilla, presidente de la estaca a la que pertenece la hermana Merlo, la presenta como ejemplo de lo que querría él que todos los miembros hicieran. Él hace recordar continuamente a los miembros y a los misioneros que tienen tanto el mandamiento como la valiosa oportunidad de compartir el Evangelio. Lo hace por



más éxito, afirma el élder Reano; los miembros que ven continuos bautismos quieren que sus amigos también tengan la oportunidad de escuchar el Evangelio. El élder León comenta que hay muchos miembros que llevan a investigadores a las reuniones de la Iglesia todas las semanas.

El élder Joshua Kasteler, de Murray, Utah, dice que los misioneros saben que es importante hacer saber a los miembros que ellos son necesarios en la obra misional. Él y su compañero, el élder Jonathan Estrada, de Santa Ana, El Salvador, tratan de que los líderes y los miembros sepan que los misioneros se preocupan por lo que suceda en el barrio; después de un bautismo, ambos trabajan con el barrio para ayudar a los nuevos miembros a integrarse y a recibir llamamientos, lo cual es importante tanto para éstos como para el barrio, según comenta el élder Estrada, porque al prestar servicio, la gente se ve nutrida por la palabra de Dios.

El entusiasmo y el amor que sienten los misioneros por la gente a quien enseñan se refleja en una reunión de toda la misión que tienen con su presidente, Ricardo Valladares, en Managua. Hay entre ellos un espíritu de alegría mientras reciben instrucciones y hablan del éxito que ha tenido la obra. Cuando se anuncian los traslados, ninguno dice: “¡Ah, élder, qué pena que vaya a ese lugar!”, sino que se felicitan mutuamente y mencionan las nuevas oportunidades que tendrán.



El valor del testimonio

El entusiasmo de los misioneros es contagioso.

Víctor Vallecillo es compañero de trabajo de Pedro Avilés, Presidente de la Estaca Managua, Nicaragua, y cuando estuvo buscando la verdad en cuanto a religión, el presidente Avilés le regaló un Libro de Mormón. Desde su bautis-

mo en noviembre de 2004, el hermano Vallecillo se siente tan feliz por el Evangelio que ha adoptado el hábito de invitar a sus amigos a escucharlo, y muy seguido sale con los misioneros a enseñarlo. Su esposa y sus dos hijos también tienen ese espíritu misional. Una noche, el hermano Vallecillo encontró a su hijo adolescente estudiando en un mapa de Nicaragua la parte norte del país, donde su papá creció. “Papá”, le dijo, señalando algunos lugares en el mapa, “el Evangelio todavía no está acá, ni acá ni acá”. ¿Cuánto tiempo pasará, se preguntaba, hasta que los misioneros puedan ir a esos lugares para que otras personas puedan recibir también las bendiciones del Evangelio?

Extremo izquierdo: la guía misional Predicad Mi Evangelio. Arriba: los élderes Rodrigo León y William J. Reano. Arriba, izquierda: los élderes Jonathan Estrada y Joshua Kasteler. Abajo: Silvia Zamuria Vanegas, Granada.





Silvia Zamuria Vanegas, de la Rama Granada, Distrito Granada, Nicaragua, cuenta:

“Cuando yo me bauticé, hice al Señor la promesa de que algún día iba a enseñar [el Evangelio] a otras personas, porque lo que había encontrado me había traído mucho gozo”. En mayo de 2005, cuatro años después de su bautismo, partió para cumplir una misión en Guatemala; pero mucho antes de su llamamiento había estado compartiendo el Evangelio con amigos y trabajando con las hermanas misioneras. La hermana Zamuria cita uno de sus dichos favoritos que exhorta a aquellos que puedan encender una vela a que compartan esa luz con la gente que los rodea.

Raúl Díaz Hernández, de la Rama El Coyolar, Distrito León, Nicaragua, creció como miembro de la Iglesia y se ha preparado desde niño para prestar servicio en una misión. Ha trabajado con los misioneros y ya empezó a estudiar el manual *Predicad Mi Evangelio*; afirma que es un privilegio expresar su testimonio a los demás, pero dice que tiene una razón personal para ayudar a los líderes a enseñar a su cuñado, porque le gustaría que su hermana pudiera disfrutar las bendiciones del templo con su familia.

La influencia de los miembros

José Contreras, Presidente de la Estaca Masaya, Nicaragua, calcula que más de tres cuartos de los bautismos de conversos en la estaca se deben a la ayuda de los miembros que desean compartir el gozo que han encontrado en el Evangelio. Pero, incluso con el incremento reciente, el presidente Contreras dice: “Tenemos que hacer más por llevar a los misioneros hasta personas en las cuales quizás todavía no hayamos pensado”. Él y sus consejeros no sólo ayudan a los miembros a desarrollar su propia habilidad para compartir el Evangelio, sino que también acompañan a algunos de ellos cuando salen con los misioneros a enseñar.

El presidente Contreras lleva la cuenta del promedio de actividad en la estaca, y se preocupa por los que actualmente no disfrutan las bendiciones del Evangelio. ¿Cómo se puede llegar a esos miembros? Él prefiere un sistema básico: enseñarles de nuevo las doctrinas sencillas que aprendieron de los misioneros, las doctrinas puras de Cristo; dice que cuando las recuerden, querrán tener las bendiciones prometidas. Los esfuerzos que se hagan por retenerlos son esfuerzos hechos para bendecirlos.

Jeannethe Campos de Espinoza, ex presidenta de la Sociedad de Socorro de la Estaca Managua, admira el ingenio de una maestra visitante que contribuyó a activar a una de las hermanas a las que visitaba. Le pidió a la hermana que preparara un mensaje del Libro de Mormón a fin de compartirlo con sus maestras visitantes; eso hizo que la hermana descubriera lo que se estaba perdiendo espiritualmente. El mismo sistema se ha empleado para activar a otras personas. A veces, las líderes de la Sociedad de Socorro piden a los miembros menos activos tener una reunión con un grupo pequeño en casa de ellos, a fin de hacerles recordar las bendiciones del Evangelio.

La hermana Espinoza, que se bautizó en 2001, tiene un fuerte deseo de compartir con otros el Evangelio “para que prueben este fruto deseable”. Dice que le da pena ver a las personas desviadas por caminos que las alejan de la felicidad.

En la mayoría de las reuniones de la Iglesia en Nicaragua, el tema predominante parece ser el de compartir el Evangelio para que los demás prueben el “fruto deseable”.

El presidente Avilés, de la Estaca Managua, fue uno de los primeros presidentes de estaca de su país, y ha sido testigo del crecimiento de la Iglesia en los últimos años. El suyo es un país abrumado por la pobreza, una tierra donde es muy fuerte la influencia de las viejas tradiciones y las tentaciones; pero también es una tierra donde muchas veces las instalaciones de la Iglesia no están a la par de su crecimiento, causado por la obra misional y por la forma en que ha mejorado la retención de miembros. El presidente Avilés sabe de qué modo pueden influir en la gente el Espíritu Santo y el amor de los miembros.

Al hablar en la conferencia de un barrio, enfocó su discurso en el tema de tender la mano a los demás para que puedan probar el dulce fruto del Evangelio. Afirma que con fe, los miembros pueden vencer los obstáculos que el adversario les ponga en el camino. “Debemos avanzar a fin de perfeccionarnos”.

“Tenemos que fortalecernos en la rectitud”, continúa. “Queremos ser bendecidos por hacer el bien”. Y ruega que los santos se acerquen unos a otros en unión, que la unidad sea nuestra fortaleza. Es la forma en que continuará el progreso espiritual en Nicaragua. ■

¿Sabías que...?

Pauta de liderazgo

Una parte importante del ser líder es saber delegar. Jesucristo estableció el ejemplo perfecto de dar participación a Sus discípulos: compartió con ellos Su obra; Él les daba determinadas tareas para hacer y confiaba en ellos. Si sigues el ejemplo del

Salvador y delegas trabajo en los miembros de tu clase o quórum, la labor se realizará y la capacidad de todos aumentará.

Puedes delegar eficazmente si...

- Conoces y entiendes la asignación.
- Pides a alguien que acepte

llevarla a cabo.

- Le explicas lo que hay que hacer, no sólo la manera de hacerlo.
- Fijas una fecha para realizarla.
- Pides a la persona que te dé un informe después de realizar la asignación.

Estudio de las Escrituras: ¿Cuán dedicado eres?

¿Eres un genio de las Escrituras o el tipo de persona que dice: "¿Qué? ¿Escrituras...?" Este cuestionario te dará la respuesta. Emplea la clave que está al final para saber tu puntaje.

1. Estás por ponerte a leer las Escrituras. Lo primero que haces es:

A. Fijarte en la hora, para asegurarte de leer por lo menos 10 minutos.

B. Arrodillarte y orar para comprender por el Espíritu lo que lees.



C. Preguntarte si cuando lees de nuevo 1 Nefi, Lamán y Lemuel estarán todavía murmurando.

2. Mientras lees el Libro de Mormón, recibes una impresión de hacer algo; entonces decides:

A. Anotarlo, así no se te olvida. ¡Sabías que el diario de las Escrituras te vendría bien algún día!

B. Hacer el esfuerzo de recordarlo por lo menos durante una semana.



C. Leer las Escrituras más seguido para recibir más impresiones como ésa, pero al día siguiente olvidarte de lo que debías hacer.

3. Regresas de las clases muy cansado y con una enormidad de tareas escolares, así que decides:

A. Dormir una siesta, comer y hacer tus tareas escolares hasta quedarte dormido.

B. Hacer las tareas, comer y estudiar los versículos del Dominio de las Escrituras para el examen de seminario que tendrás mañana por la mañana.



C. Dormir una siesta, hacer las tareas, comer e irte a la cama. Por las Escrituras no te preocupas, porque ya las leíste por la mañana, cuando estabas bien despierto.

4. Si alguien encontrara tus libros de Escrituras, seguramente diría:

A. Mmmm, ¿por qué están estas páginas todavía pegadas las unas a las otras?



B. ¡Eh! Tu marcador está en Mosiah. En este momento en seminario, ¿no estamos estudiando Alma?

C. Tu libro está todo subrayado y muy gastado; lo has de leer mucho.

¡A ver cómo te fue en el puntaje!

- | | | |
|-----------|--------|-------|
| 1. a = 2; | b = 3; | c = 1 |
| 2. a = 3; | b = 2; | c = 1 |
| 3. a = 1; | b = 2; | c = 3 |
| 4. a = 1; | b = 2; | c = 3 |

1-4 puntos: Necesitado de Escrituras.

Y bien, al menos parece que tienes Escrituras. Ahora ha llegado el momento de abrirlas y deleitarte en las palabras de Cristo. Hay mucho que aprender y en las Escrituras se encuentra mucho consuelo. ¡Léelas y verás!

5-8 puntos: Interesado en las Escrituras.

Estás tratando de leerlas, ¡muy bien! Pero todavía tienes que hacer más esfuerzo. Aparta un tiempo para estudiarlas de verdad y acuérdate de orar antes de hacerlo.

9-12 puntos: Fuerte en las Escrituras.

Hay mucho que aprender en ellas y has empezado muy bien. Sigue esforzándote. Acuérdate de estudiarlas diariamente y de empezar a compartirlas con otras personas para mantenerte "fuerte en las Escrituras".

La enfermedad del corazón

Por Raquel Pedraza de Brosio

Había empezado un nuevo trabajo y estaba intentando ahorrar dinero para servir en una misión. Con el paso del tiempo, se contrató a más empleados y se me asignó a capacitar a una joven más o menos de mi edad.

Resultaba evidente que a mi nueva compañera de trabajo, María (el nombre se ha cambiado), le preocupaba bastante su aspecto. Seguía la tendencia general de llevar minifalda, maquillaje oscuro y peinados atrevidos; también había adoptado malos hábitos como el fumar. A pesar de nuestras diferencias, María y yo trabajábamos bien juntas; era agradable hablar con ella y el tiempo pasaba con rapidez cuando estábamos juntas.

Un día en el trabajo me preguntó: “Raquel, ¿alguna vez sales a bailar?”. Le respondí que asistía a los bailes de mi Iglesia. Me preguntó qué iglesia era, y le expliqué que se trataba de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y que a sus miembros a menudo se les llama mormones. María me dijo que había oído hablar de los mormones, pero que no sabía nada de nuestras creencias. Me sentí ilusionada por compartir más acerca de la Iglesia con ella, y le ofrecí un ejemplar del Libro de Mormón, el que aceptó encantada.

Con el tiempo, la invité a asistir a la rama más cercana a su casa. Me sorprendió mucho que aceptara mi

invitación. Quedamos en vernos en la estación de tren para ir juntas a las reuniones el domingo siguiente.

Llegó el domingo, y mientras el tren en el que iba llegaba a la estación donde nos habíamos dado cita, yo miraba atentamente por la ventana para ver si encontraba a María, mi compañera de trabajo. Para mi sorpresa, vi a una joven con una falda modesta y con un peinado y un maquillaje irreprochables y dignos de una joven Santo de los Últimos Días. ¡Pero era María!

Confieso que había dudado que

estuviera allí esperándome, y también dudé de que el Evangelio produjera cambio alguno en su vida, ya fuera interno o externo.

Nos saludamos y caminamos unos 15 minutos hasta la capilla. Fuimos primero a la Sociedad de Socorro, donde María quería contestar las preguntas y participar en todo lo que la maestra nos pedía que hiciéramos. También le gustaron la Escuela Dominical y la reunión sacramental. Se la presenté a las hermanas misioneras, quienes la invitaron a recibir las charlas misionales, a lo que ella aceptó gustosa.

Poco tiempo después perdimos contacto porque ella dejó el trabajo, pero no tardé en recibir una invitación a su bautismo. Lamentándolo mucho,

Mientras el tren en el que iba llegaba a la estación donde nos habíamos dado cita, yo miraba atentamente por la ventana para ver si encontraba a María.



El archivo adjunto a ese mensaje era una página que Cesare había escaneado de un antiguo ejemplar del Libro de Mormón que yo le había entregado.

no pude asistir, y perdimos contacto otra vez.

Después de servir durante nueve meses en la Misión Argentina Mendoza, leí en las páginas locales de la revista Liahona que María estaba sirviendo en la Misión Argentina Resistencia. Comencé a saltar de alegría y le escribí de inmediato.

En su respuesta me contó de su preparación para la misión. Sus padres no la habían apoyado en su deseo de unirse a la Iglesia, pero aún así, ella asistió a la Iglesia y a las clases de instituto y sacrificó mucho para servir en una misión.

Ya han pasado muchos años, y María y yo nos hemos visto otra vez; ella es obrera del Templo de Buenos Aires, Argentina, y disfruta del amor de su esposo y de sus hijos; vive el Evangelio e irradia su luz. Su aspecto actual refleja todo lo que lleva en el corazón; y aunque ella no lo sabe, no sólo me ha brindado recuerdos muy especiales, sino que también me ha enseñado un gran principio: que el Evangelio es para todos. Como miembros de la Iglesia, no debemos abstenernos de compartir nuestro testimonio simplemente porque, a nuestro juicio, el aspecto de la persona indique que rechazará nuestro mensaje.

Ahora, cuando pienso en María, me viene a la mente 1 Samuel 16:7: "...No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura... porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón". Nuestro Padre Celestial conoce

el corazón de Sus hijos, y para Él, el corazón es lo que importa. ■

Cosecha retrasada

Por Rian W. Jones

Me senté ante mi escritorio un lunes por la mañana para ver todos los correos electrónicos que se habían acumulado durante el fin de semana. Por tener siempre desconfianza de los virus informáticos, casi borré un mensaje con un archivo adjunto procedente de un remitente desconocido. Pero cuando coloqué el dedo encima del botón del ratón (mouse), dispuesto a oprimirlo, el Espíritu me impulsó a abrir el mensaje.

"Hola, élder Rian Jones", decía. "Usted tiene ahora unos 50 años y yo 37. Sólo tengo un vago recuerdo de usted, y no estoy seguro de que

el hombre a quien recuerdo es el mismo a quien estoy escribiendo". Lo cierto es que yo tenía 45 años, ¿y quién era esa persona que se dirigía a mí llamándome "élder"? Nadie me había llamado así desde la misión. La persona me preguntó entonces si todavía estaba activo en la Iglesia y si había conservado el espíritu de la misión. Para entonces, se había despertado totalmente mi curiosidad.

"Sólo tenía 12 años cuando usted y su compañero me enseñaron el Evangelio en Taranto, Italia. Eso sucedió en 1975". Comencé a examinar incesantemente los archivos de mi mente para lograr recordarlo. "Probablemente se esté preguntando si me bautizó. No fue así, porque mi madre y mi padre no me dieron permiso para ello". Y explicó lo doloroso y embarazoso que les resultó a su hermano y a él detenernos a nosotros,



los misioneros, mientras subíamos por los escalones hacia su apartamento para pedir permiso a sus padres para bautizarlo. Añadió que siguió asistiendo a la Iglesia durante cierto tiempo, pero que después dejó de hacerlo porque no podía bautizarse. “Pero guardé las enseñanzas en el corazón y nunca traicioné los principios que se me enseñaron”, escribió.

Presté servicio en la Misión Italia Roma desde 1975 hasta 1977, y Taranto fue mi primera ciudad; pero no lograba recordar la historia detallada en este correo electrónico. La persona explicó que cuando tenía 22 años, lo llamaron al servicio militar obligatorio en el norte de Italia. Allí sufrió una crisis espiritual que lo condujo a orar por primera vez siendo adulto. Recibió respuesta a su oración, lo cual lo impulsó a buscar a los misioneros de aquella región. Los encontró en un restaurante de comida rápida y les dijo que quería bautizarse. “Nunca me sucedió nada parecido cuando estaba en la misión”, pensé. Aquellos élderes debieron haberse quedado boquiabiertos.

Se bautizó y más adelante se selló en el templo, en Friedrichsdorf, Alemania. Ahora tenía tres hijos, se había mudado a Canadá hacía varios años y era miembro activo de la Iglesia.

“No sé si algún día contestará este mensaje. Si lo hace, le contaré muchas otras cosas acerca de mi vida y las bendiciones que he recibido gracias a su misión. Élder, nunca se sabe adónde puede conducir un acto sencillo y bondadoso”. Y concluyó el mensaje con su firma: “Cesare Quarinto”. Más adelante me dijo que había encontrado mi

dirección de correo electrónico en el sitio Web de la Misión Italia Roma.

A pesar de todos mis esfuerzos, no lograba recordar la experiencia de haber enseñado a un joven de 12 años en Taranto, pero el archivo adjunto a ese mensaje era una página que él había escaneado de un antiguo ejemplar del Libro de Mormón. Se trataba de una dedicatoria, escrita a mano en italiano por mí y fechada el 14 de septiembre de 1975. Así decía:

“Estimado Cesare:

“Le entrego este regalo para que lo lea y encuentre en él la hermosa verdad del Evangelio de Jesucristo. Nunca olvide la oración, porque sólo mediante ella podrá encontrar la verdad... Sé que ésta es la Iglesia verdadera y espero compartir esta verdad con usted.

“Su amigo,

“Élder Rian Jones”

De repente me vino a la mente un vívido recuerdo. Al ver esas palabras que yo había escrito, el relato cobró forma en mi memoria. Recordé con todo detalle el local alquilado que utilizábamos como capilla en Taranto. Allí le enseñamos el Evangelio al joven Cesare. Le había dado su propio ejemplar del Libro de Mormón poco antes de que me trasladaran a otra ciudad. Al recordar esas circunstancias y al leer el correo de Cesare, sentí un gozo tremendo.

Tuve cierto éxito durante la misión, pero, lamentablemente, la mayoría de las personas a las que bauticé se apartaron de la Iglesia con el paso del tiempo. En ese momento me vino a la mente un pasaje de las Escrituras: “Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el

arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!” (D. y C. 18:15). ■

Una combinación única

Por Francis Davis

Eran las 5:30 de la tarde de un viernes de junio de 2001 y yo me encontraba trabajando en la oficina de mi casa cuando sonó el teléfono. Era mi esposa, que llamaba con cierta preocupación. Ella y nuestras tres hijas habían salido a andar en bicicleta y se habían detenido en un supermercado para comprar una bebida fría y helado. Cuando salieron del establecimiento, el candado de combinación que protegía las bicicletas ya no funcionaba. La combinación era 3690, pero no abría la cerradura, así que las bicicletas permanecían allí, atadas a una valla metálica al exterior del supermercado.

Rápidamente subí a la camioneta y me dirigí al lugar, pero no tuve más suerte que ellas. Llevé a mi esposa y a mis hijas a nuestra casa y comencé a preguntarme qué podría hacer. El primer consejero de la presidencia de la rama reparaba sierras, así que lo llamé y le expliqué el aprieto en el que me encontraba. Me explicó que la mayoría de los candados de ese tipo para bicicletas están compuestos de acero reforzado que es resistente a sierras y

tijeras cortapernos. Pero me dijo que no perdía nada si intentaba cortarlo.

Encontré la caja que contenía la sierra eléctrica y el cable de extensión. Llamé al establecimiento para preguntarles si me permitirían conectar la sierra allí. Amablemente me respondieron que sí. Cuando llegué, eran las 7:45, y el supermercado cerraba a las 8:00. Me sentía presionado y con bastante preocupación.

Si las bicicletas pasaban allí la noche, seguramente serían objeto de vandalismo. Además, mi esposa, que en aquel entonces todavía no sabía manejar el vehículo, las utilizaba todos los días para llevar a los niños a la escuela y recogerlos.

Cuando llegué al lugar, tomé la caja de plástico de la sierra eléctrica, la abrí y me di cuenta de que había llevado el taladro inalámbrico por error. Las dos herramientas tenían una caja de plástico negra del mismo tipo. Ya eran las

7:55 y era demasiado tarde para hacer el viaje de ida y vuelta otra vez antes de que cerraran el supermercado.

Intenté abrir la cerradura otra vez, tirando con todas mis fuerzas para separar los dos extremos, pero fue en vano. Había dos personas que me miraban, y los empleados estaban comenzando a cerrar el almacén.

Me senté en la camioneta y golpeé el volante, con un sentimiento de frustración total. Entonces, con el “oído de la mente”, escuché a mi hija cantar el himno “¿Pensaste orar?” (*Himnos*, N° 81).

Intenté abrir la cerradura otra vez, pero fue en vano. Se estaba haciendo tarde y cada vez estaba más preocupado.

En medio de toda esa ansiedad, había dejado de lado lo más elemental; había olvidado orar, así que incliné la cabeza y le expliqué mi situación a mi Padre Celestial. No omití ningún detalle. Incluso le dije que me sentía de lo más tonto por haberme equivocado y haber llevado el taladro. De repente, tuve la impresión de que debía tratar otra vez de abrir el candado. Salí de la camioneta y cuando empezaba a girar la combinación para que marcara 3690, oí que se me susurraba al oído el número 2591. Miré a mi alrededor, pero no había nadie cerca. Probé el número 2591 y el candado se abrió en mis manos.

Nunca antes ni después de ese momento he recibido una respuesta a mis oraciones tan clara ni tan rápida. Al subir las bicicletas a la camioneta, me rodaban las lágrimas. Me dirigí rápidamente hacia mi hogar y les relaté la experiencia a mi esposa y a mis hijos.

Más tarde, cuando giré los números a la combinación 3690, tal como esperaba, los espacios de los dientes en el interior del cilindro no se alinearon a fin de que pudiera juntar los dos extremos del candado. Después marqué el 2591 y tampoco funcionó. Al inspeccionarlo más detenidamente, me di cuenta de que los dientes de la cerradura se habían roto. Cada vez que las giraba, el candado se abría con un número diferente. Así que, considerando las miles de posibles combinaciones que podría haber probado aquel viernes por la noche, nadie más que el cielo podía ayudarme a encontrar la combinación única. Todo lo que tenía que hacer era pedir con fe. ■



Una máxima para toda la vida

Me gustaría expresar mi gratitud por la publicación de “Lleguemos a ser hombres en quienes esté el Espíritu de Dios”, por el élder L. Tom Perry, en el número de julio de 2002 de la revista *Liabona*. En ese momento acababa de regresar de la misión en Uruguay y necesitaba apoyo espiritual. Este artículo fue la respuesta a mis aflicciones y tentaciones. Me llegó al corazón, fortaleció mi testimonio y se ha convertido en mi máxima de vida.

Gracias a la revista *Liabona*, mi grado de espiritualidad como poseedor del sacerdocio de Dios ha aumentado.

Luis Carvajal Arce, Chile

Milagros en nuestros días

Me conmovió mucho leer “El relato de la crema de almeja” en el número de diciembre de 2005. Me recordó que en nuestros días sigue habiendo milagros cuando hacemos todo lo que podemos por resolver un problema. Entonces, mediante nuestra fe, el Señor se encarga del resto.

Irene Taniegra, Filipinas

Siempre hay algo por lo que debemos estar agradecidos

Me encanta la revista *Liabona*. Después de leer cada número, siempre tengo el deseo de dar las gracias, porque siempre hay algo por lo que debemos estar agradecidos.

Me siento especialmente agradecida por los tres primeros números de 2005. Los artículos “Un vistazo a la época de Doctrina y Convenios”, de enero; “¿Qué le sucedió a la Iglesia de Cristo?”, de febrero; y “Ya regocijemos”, de marzo fueron de gran interés para mí y para mi esposo también. Él no es miembro de la Iglesia, pero la historia le interesa mucho y le agradó leer esos artículos, ya que ponen en paralelo la historia de nuestra Iglesia con los acontecimientos mundiales. Me alegró muchísimo encontrar en la revista algo de interés para mi esposo.

Olga Khripko, Ucrania

La palabra verdadera

Me siento muy agradecido a mi Padre Celestial por esta maravillosa revista. Los misioneros me dieron un ejemplar y agradezco los sabios mensajes que contiene. Ciertamente, nos aporta la palabra verdadera.

Célio Borba, Brasil

Mensajes de nuestro Padre Celestial

Siempre me ha encantado leer la revista *Liabona*. Sus artículos son muy importantes; son mensajes de nuestro Padre Celestial y me ayudan a seguir adelante a pesar de mis problemas. Gracias por fortalecer nuestro espíritu.

Jenny Mazariegos, Guatemala

EI MES PRÓXIMO...

Un número especial de *Liabona* para los nuevos miembros.

En el número de octubre encontrará la respuesta a preguntas como éstas:

- “¿De qué manera ayuda la Iglesia a los nuevos miembros?” El presidente Gordon B. Hinckley lo explica.

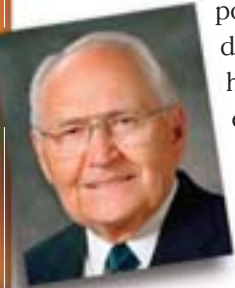
- “¿Cómo puedo desarrollar la fortaleza espiritual que necesitaré para el futuro?” Le gustará lo que el élder Jeffrey R. Holland nos dice en cuanto a ello.

- “¿Cómo puedo afrontar las inquietudes de los miembros de mi familia que son miembros de otra iglesia?”

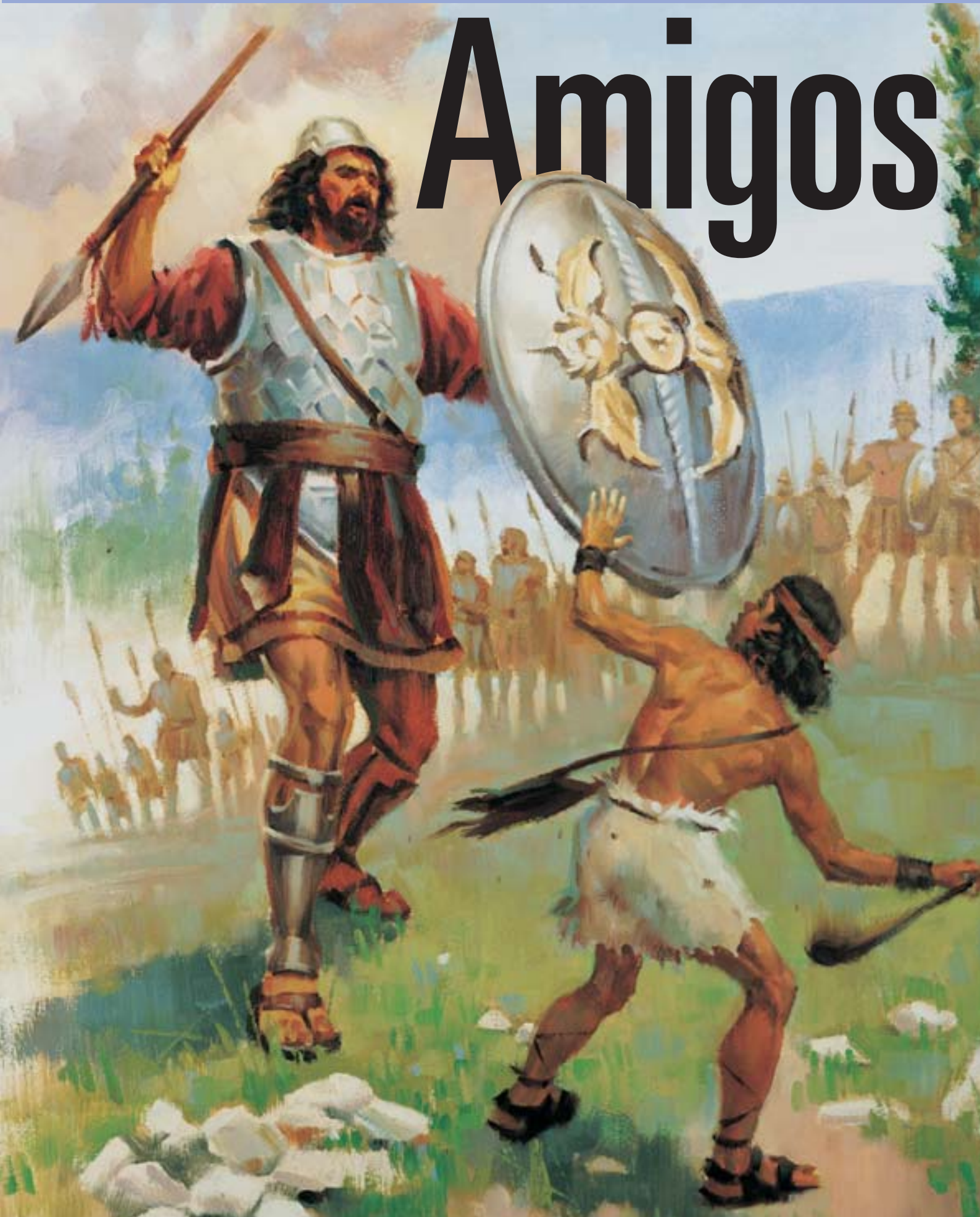
- “¿A dónde puedo recurrir para buscar la respuesta a preguntas que ni siquiera me he planteado todavía?”

¿Y si usted es miembro desde hace mucho tiempo? Encontrará nuevas perspectivas acerca de las doctrinas fundamentales del Evangelio y artículos que puede usar para ayudar a amigos o familiares que sean nuevos miembros.

Por supuesto, si no se suscribe a la revista *Liabona*, siempre podrá adquirir un ejemplar en su centro de distribución. Pero, ¿por qué no se suscribe directamente? En cada número encontrará algo especial.



Amigos



La verdad prevalecerá

POR EL PRESIDENTE GORDON B. HINCKLEY

Soy optimista [persona positiva] en lo que se refiere a la obra del Señor. No creo que Dios haya establecido Su obra en la tierra para que fracase; sé que se está fortaleciendo. Me doy cuenta, por supuesto, de que en el mundo hay muchos problemas graves.

Pero aún así, soy optimista. Tengo una fe firme y absoluta de que la justicia triunfará y de que la verdad prevalecerá. Creo que la verdad, “aun cuando sea pisoteada, renacerá otra vez”.

Cuando salí de mi casa para servir en una misión, mi padre me dio una tarjeta en la que había escrito cuatro palabras; eran las palabras que el Señor dijo al principal de la sinagoga cuando éste recibió la noticia de que su hija había muerto: “No temas, cree solamente” (Marcos 5:36).

Si alguna vez sientes que tu fe comienza a debilitarse ante el aumento de la maldad y de la opresión, lee otra vez el relato de Daniel, que, al poner su confianza en el “Dios en los cielos, el cual revela los misterios” (Daniel 2:28), interpretó el sueño de Nabucodonosor. Dijo que en nuestros días el Dios de los cielos “levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a



El presidente Hinckley nos enseña que debemos tener valor y fe para vencer la maldad y el temor.

todos estos [otros] reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

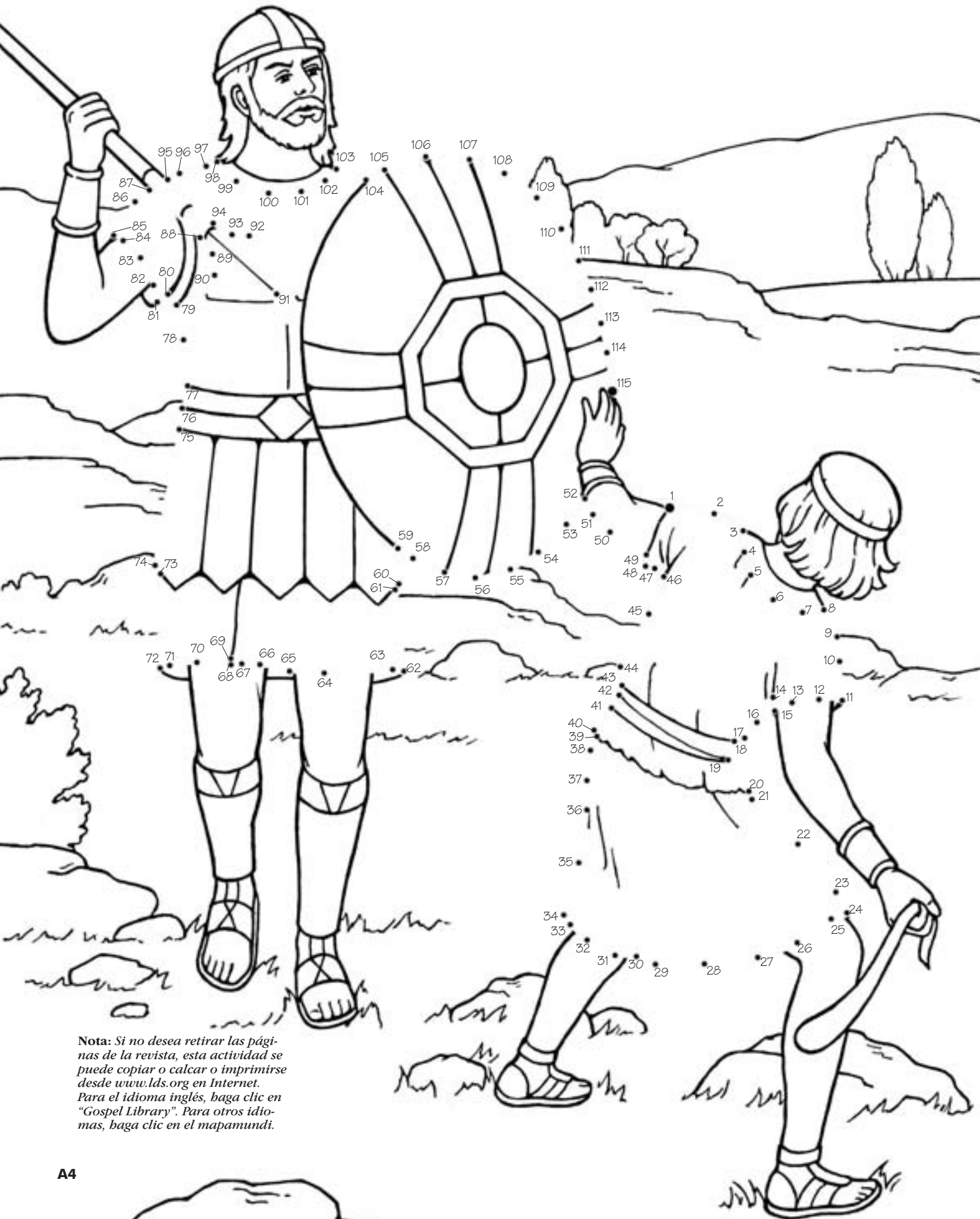
Sí, esta obra requiere sacrificio, requiere esfuerzo, requiere valor para hablar de ella a los demás, y fe para hacer el intento. Esta obra no necesita gente que la critique, ni gente que dude de ella; necesita hombres y mujeres que tengan un firme propósito. Así como Pablo escribió a Timoteo: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor” (2 Timoteo 1:7-8).

Deseo que todo miembro de la Iglesia pusiera esas palabras donde pudiera verlas cada mañana al comenzar su día. Nos darían el valor para hablar con los demás acerca de la obra; nos darían la fe para intentarlo; fortalecerían la convicción que tenemos del Señor Jesucristo; y creo que en toda la tierra habría más milagros.

Sé que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que ésta es Su santa obra, y les ruego a ustedes y suplico al Dios de los cielos que tengamos el poder, la fe y la devoción para llevarla adelante hasta que alcance su grandioso destino. ●

De “No temas, cree solamente”, Liahona, mayo de 1996, págs. 3-6.





Nota: Si no desea retirar las páginas de la revista, esta actividad se puede copiar o calcar o imprimirse desde www.lds.org en Internet. Para el idioma inglés, haga clic en "Gospel Library". Para otros idiomas, haga clic en el mapamundi.

En las Escrituras hallamos consuelo y valor

**“Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?”
(Salmos 27:1).**

POR LINDA MAGLEBY Y ELIZABETH RICKS



Los filisteos y los israelitas estaban en guerra. Goliat, un enorme guerrero filisteo, desafió a cualquiera de los israelitas a pelear contra él. Un jovencito llamado David preguntó si él podría pelear contra ese hombre. David tenía gran valor y fe.

Cuando David llegó al campo de batalla, Goliat se burló de él por ser tan joven. David dijo: “...Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel” (1 Samuel 17:45).

David puso una piedra en su honda, la tiró a Goliat y lo hirió en la frente, haciéndolo caer a tierra.

Hoy día tenemos “Goliats” a todo nuestro alrededor; son las cosas malas que nos tientan: el alcohol y las drogas; los programas de televisión y las películas inapropiadas; incluso la pereza y el egoísmo.

El presidente Thomas S. Monson, Primer Consejero de la Primera Presidencia, dijo: “David fue al arroyo y con detenimiento buscó cinco piedras lisas con las cuales hacer frente a su enemigo... Del mismo modo que David se dirigió al arroyo, nosotros también debemos recurrir a nuestro manantial: el Señor. ¿Cuáles piedras lisas seleccionarás para derrotar a tu Goliat?” El presidente Monson propone que escojamos las piedras del valor, del esfuerzo, de la humildad, de la oración y del amor al deber (véase “Afrontad a vuestro Goliat”, *Liabona*, mayo de 1987, pág. 2).

Nosotros demostramos valor cuando escogemos lo justo; demostramos esfuerzo cuando trabajamos duro; demostramos humildad cuando confiamos en el Señor y cuando oramos para pedir Su ayuda; cumplimos nuestras responsabilidades cuando guardamos nuestras promesas y nuestros convenios bautismales. Podemos derrotar a los Goliats de nuestra vida si utilizamos estas cinco piedras y otras, tales como el estudio de las Escrituras y la noche de hogar.

Conecta los puntos David y Goliath

Conecta los puntos a fin de hacer una lámina de la apariencia que David y Goliath pudieron tener. Coloréala y cuélgala en un lugar donde la puedas ver a menudo. El ver las cinco piedras te recordará que debes vencer a tus propios Goliats.

Ideas del Tiempo para compartir

1. Invite a una persona adulta a representar a uno de los del pueblo de Alma, en *Mosiah* 24:8–15. Pídale que lleve una mochila y cuente el relato. Dé a los niños un trozo de papel y pídeles que escriban una prueba o un desafío que los niños tienen hoy día como, por ejemplo ropa inmodesta, programas indecentes, etc. (Los niños más pequeños pueden hacer dibujos.) A medida que los niños hablen de sus desafíos, pídeles que envuelvan una pequeña piedra en el papel y la coloquen en la mochila. Vaya pasando la mochila entre algunos de los niños. Hablen de cómo nuestro Padre Celestial les ayuda con sus pruebas. Con cada sugerencia, quite varias de las piedras. Vuelva a pasar la mochila. Canten una canción o un himno acerca del Salvador. Explique que Jesucristo siempre nos ayudará y nos consolará.

2. Invite a dos hermanos, aprobados por el obispo o el presidente de rama, para que vayan preparados para contar (1) el relato de la Liabona, que guió al barco hacia la tierra prometida (véase 1 Nefi 18:8–22) y (2) el relato del sueño de Lehi y la barra de hierro que conduce al árbol de la vida (véase 1 Nefi 8). Pregunte a los niños qué tuvo que hacer la gente para demostrar fe y recibir dirección. ¿Cuáles son la Liabona y la barra de hierro de nuestros días? Lea Alma 37:44 y 1 Nefi 11:25 (palabras de Cristo, palabra de Dios). ¿De qué modo recibimos las palabras de Cristo? Diga a los niños que para dar respuesta a esa pregunta, les va a dar pistas musicales. Por cada canción, toque las primeras notas, y deje que los niños adivinen cuál es la canción y su mensaje. El mensaje nos indicará a dónde debemos acudir para oír las palabras de Cristo. Toque canciones acerca de profetas, del Espíritu Santo y de las Escrituras. Señale que para recibir orientación, debemos hacer lo mismo hoy día que lo que hizo el pueblo de Nefi. ●



DE LA VIDA DEL PRESIDENTE WILFORD WOODRUFF

Un profeta inspirado

Cuando Wilford Woodruff llegó a ser profeta, muchos miembros de la Iglesia no tenían suficiente dinero. A Wilford le preocupaban en especial algunos de los granjeros.

¿Qué puede hacer la Iglesia para ayudar a las personas?

Después de que escuchó un informe sobre el azúcar, el presidente Woodruff pensó que la Iglesia debía iniciar el cultivo de la remolacha azucarera y asignó a un comité para que aprendiera más del asunto.

La Iglesia necesita saber si la remolacha sería un buen negocio.

Lo averiguaremos y se lo haremos saber, Presidente.

Cuando el comité decidió que no sería una buena idea sembrar la remolacha, el presidente Woodruff le pidió a un segundo comité que volviera a investigar el asunto.

Este comité está de acuerdo con el primero. No creemos que la industria de la remolacha sea un buen negocio para la Iglesia.

Dejen de lado ese informe; he sentido la inspiración de comenzar la industria de la remolacha.



PARA LOS MÁS
PEQUEÑOS

El Jardín de Edén

POR MARIAM JOYCE GRISHAM



Instrucciones: Retira estas páginas de la revista y pégalas en una cartulina gruesa; luego recorta los árboles y las figuras por las líneas gruesas y negras. En cada figura, haz un doblez hacia atrás a lo largo de las líneas punteadas y pega con cinta adhesiva o pegamento los

extremos el uno con el otro para hacer una marioneta que puedas mover con el dedo. Usa estas figurillas para ayudarte a relatar la historia de Adán y Eva durante una lección de la noche de hogar o en un discurso de la Primaria (véase Génesis 2:15–25; 3).

din
én



Nota: Si no desea retirar las páginas de la revista, esta actividad se puede copiar o calcar o imprimirse desde www.lds.org en Internet. Para el idioma inglés, haga clic en "Gospel Library". Para otros idiomas, haga clic en el mapamundi.

Un legado de amor

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).



De una entrevista con el élder Yoshihiko Kikuchi, de los Setenta; por Monica Weeks.

Mi padre falleció durante la Segunda Guerra Mundial, cuando yo tenía cuatro años. Aprendí a trabajar porque mi padre ya no estaba allí y mi madre nos daba asignaciones a nosotros, los hijos. Yo ayudaba a cocinar la cena para mi familia debido a que mi madre tenía que trabajar. Mi hermana mayor y mi hermano trabajaban media jornada para ayudar a la familia y yo también lo hice cuando crecí. Trabajé en una granja y en un negocio de pesca.

Después de que terminé los primeros años de la escuela secundaria tuve que trabajar para mantenerme a mí mismo. Durante mi juventud, encontré un trabajo de jornada completa en una tienda de queso de soja, en una ciudad más grande que estaba a unas nueve horas de mi hogar. Asistía a la escuela secundaria por las noches, por lo que llegaba tarde a casa. Temprano a la mañana siguiente, en el trabajo hacía el queso de soja y lo vendía en la calle o lo entregaba en varias tiendas.

Me enfermé gravemente debido a que trabajaba demasiado y tuve que estar en el hospital; pensé que me iba a morir. Nací en una familia budista; siempre creí que había un Dios en los cielos, pero nunca se me había enseñado acerca de Él. Estaba

ansioso por hablar con Él. Ni siquiera conocía la palabra para decir “Padre Celestial”, así que dije: “Dios, ¿estás allí? Por favor, ayúdame”. Después de ocho días pude salir del hospital y viví con mi tío mientras me recuperaba.

Unos días después, los misioneros llegaron a la puerta de la casa de mi tío; cuando los vi, les dije que se marcharan, pero uno de ellos dijo: “Tenemos un gran mensaje para usted. Un joven como usted vio a nuestro Padre Celestial y a Jesucristo”. No me pude resistir, puesto que había estado orando y buscando a mi Padre Celestial tan sólo unos días antes. Así que dije: “Pasen, tienen 10 minutos”.

Los misioneros me enseñaron sobre el hermoso y sagrado relato de José Smith y pude sentirlo en mi corazón; verdaderamente sentí el poder del Espíritu Santo. Los misioneros me pidieron que orara y le preguntara a nuestro Padre Celestial si el mensaje de ellos era verdadero, y después me enseñaron a orar. Esa noche oré y aun hasta el día de hoy recuerdo exactamente cómo me sentí aquel día.

Después de eso, les pedí a los misioneros que volvieran casi todos los días. Creí lo que me enseñaron; creí que José Smith

vio a nuestro Padre Celestial y a Jesucristo en la Arboleda Sagrada, pero antes de que pudiera bautizarme, necesitaba el permiso de mi madre. La llamé por teléfono y le dije: “Madre, he encontrado una iglesia maravillosa. Necesito tu permiso para unirme a ella”.

Ella me respondió: “No, perdí a mi esposo y no quiero perder a mi hijo”. Tenía miedo de que si me unía a la Iglesia, la abandonaría a ella.

Le dije: “No voy a ir a ninguna parte”. Y luego ella colgó.

Los misioneros ayunaron y oraron por mí y yo también lo hice; la llamé otra vez y le dije: “Por favor, no cuelgues hasta que te lo explique bien”. Ella sugirió que estudiara más y que esperara más tiempo para tomar una decisión, pero sentí fuertemente que ése era el momento en que debía bautizarme.

Finalmente me dijo: “Hijo, si vas a dejarlo a medias, no lo hagas; pero si vas a dedicarte por completo, entonces tienes mi permiso”. Eso hizo que siempre tomara muy en serio el ser miembro de la Iglesia.

Me siento agradecido por mi madre. Me siento agradecido por nuestro Padre Celestial, que me permitió conocer el Evangelio restaurado. Todas las experiencias que he tenido en la Iglesia han sido maravillosas; pero ninguna se compara

con el agradecimiento profundo que siento por el Salvador, por Su gracia y misericordia y por lo que Él ha hecho por mi esposa y mis hijos.

Cuando se le llamó a mi hijo a cumplir una misión en Brasil, viajamos como padre e hijo a la Arboleda Sagrada en Palmyra, Nueva York. Estuvimos allí tres días, sin hacer otra cosa más que caminar y hablar. El último día, nos sentamos en un banco y nos compartimos el testimonio el uno al otro. Le conté una vez más el relato de mi propia conversión y ambos lloramos. Espero que sus hijos y sus nietos mantengan vivo este legado de amor y de fe durante muchos años más. ●



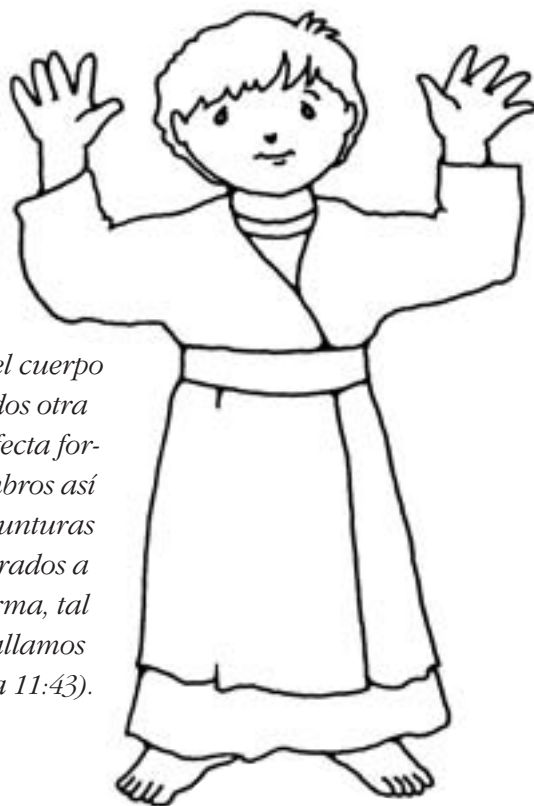
CAJA DEL DOMINGO



Instrucciones: Con la ayuda de un adulto, calca el patrón de la marioneta (alrededor de la línea oscura) y recórtala. Coloca el patrón sobre una tela de colores doblada por la mitad, cácala y recórtala. Repite estos pasos con una tela completamente blanca.

Eres eterno

POR JEAN McMULLIN



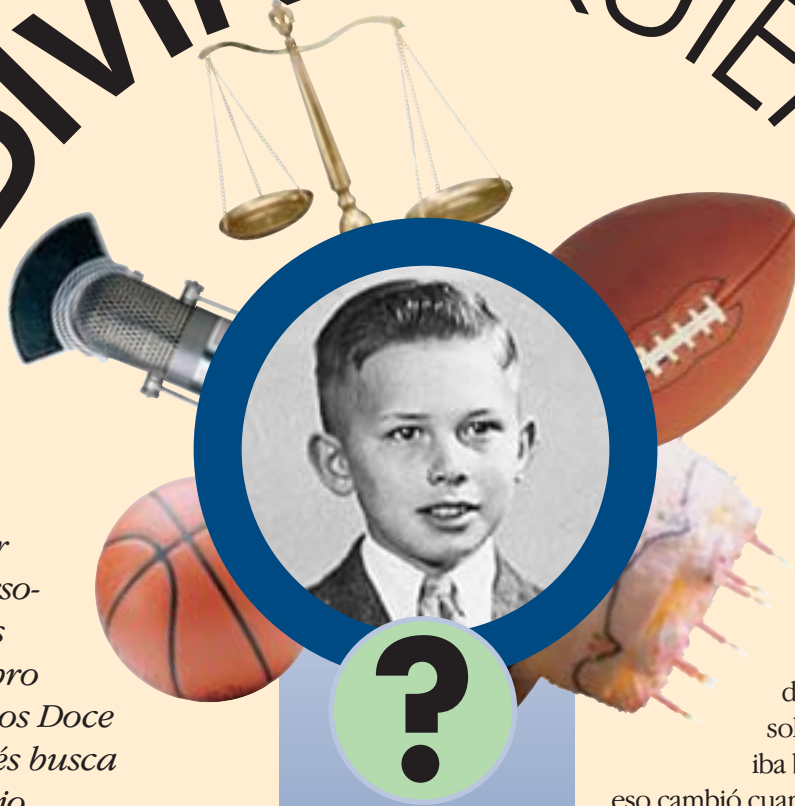
“El espíritu y el cuerpo serán reunidos otra vez en su perfecta forma; los miembros así como las coyunturas serán restaurados a su propia forma, tal como nos hallamos ahora” (Alma 11:43).

Dibuja y colorea al niño (o cambia la figura por la de una niña) con pantalones en uno de los pedazos de tela de colores, y dibuja al niño con el manto en uno de los pedazos de tela blanca. Coloca boca abajo el dibujo del niño con los pantalones sobre el otro pedazo de tela de colores y cose o pega los pedazos el uno al otro usando una costura de 1.5 centímetros y dejando abierta la parte inferior. Repite los pasos de la costura con la tela blanca.

Coloca las marionetas en tu caja del domingo o úsalas durante la noche de hogar para enseñar sobre el trayecto

que se hace por la vida. La marioneta blanca representa al espíritu que vivió en la vida preterrenal con nuestro Padre Celestial. A fin de representar al espíritu cuando éste recibe un cuerpo mortal al nacer, mete la marioneta de tela de colores encima de la marioneta del espíritu. Al morir, el cuerpo y el espíritu se separan nuevamente. Retira la marioneta de tela de colores de la marioneta del espíritu. El cuerpo es sepultado, pero el espíritu sigue viviendo. En la resurrección, el cuerpo y el espíritu se reunirán para siempre. ●

¿ADIVINA QUIÉN ES?



¿Puedes adivinar quién es esta persona? Lee las pistas sobre este miembro del Quórum de los Doce Apóstoles; después busca la respuesta abajo.

1 Él, su hermano menor y su hermana crecieron al lado de su madre después de la muerte de su padre. Su madre le enseñó sobre la fe, el amor y el ponerse metas.

2 Cuando tenía 15 años, obtuvo una licencia de operador de radio y no tardó en encontrar un empleo en la estación local. Después transmitió los juegos de baloncesto en la radio.

3 En la escuela secundaria jugó baloncesto y fútbol americano.

4 Él y su primera esposa, June, tienen seis hijos. June falleció de cáncer, y dos años después él se casó con Kristen McMain.

5 Después de asistir a la facultad de derecho en Chicago, trabajó como abogado, enseñó derecho y sirvió como juez de la Suprema Corte de Utah.

Los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles son llamados a servir como profetas, videntes y reveladores para ser testigos especiales de Jesucristo. Tienen la responsabilidad de testificar de Él al mundo entero.

6 Su cumpleaños es el 12 de agosto.

7 Después de que su padre murió, su madre enfermó. Se sentía solo y desdichado y no le iba bien en la escuela. Todo

eso cambió cuando su maestra del quinto grado, la señorita Shaffer, le ayudó a aprender y a tener confianza en sí mismo.

8 En 1971, llegó a ser presidente de la Universidad Brigham Young. Su primera esposa, June, no se sorprendió por el llamamiento. “Es el hombre más maravilloso que conozco”, dijo ella.

Palabras de sabiduría

“Testifico que Él vive y que nos ama; testifico que Él, como la Luz y la Vida del mundo, ha proporcionado la vía para que regresemos a nuestro hogar celestial a gozar de las asociaciones y de las bendiciones más elevadas de Dios, nuestro Padre Eterno, sí, la vida eterna” (“Testigos especiales de Cristo”, Liahona, abril de 2001, págs. 14–15).

Expulsados de la escuela

“Bienaventurados seréis cuando los hombres... os aparten de sí, y os vituperen... por causa del Hijo del Hombre” (Lucas 6:22).

POR JENNY REBECCA RYTTING

Basado en una narración de la historia familiar de la autora.

Cuando Karl se despertó, salió de la cama de un salto. Por lo general, le gustaba quedarse acurrucado en la cama hasta que su mamá lo llamara a desayunar, pero hoy era un día especial: hoy empezaría la escuela. Karl estaba ansioso por aprender a leer y a escribir; y su amiguito Joey también iba a empezar la escuela.

Karl se puso camisa y pantalones limpios, se alisó el pelo con agua del pozo y después agarró la bolsa de la merienda que su madre le había preparado. Caminó con mucho cuidado a lo largo del camino de tierra para no raspar los zapatos. Al llegar a la cabaña de un cuarto que servía de escuela, se deslizó en su asiento al lado de Joey.

El maestro era un hombre de apariencia severa, con cejas muy pobladas. Les pidió a los alumnos, clase por clase, que pasaran al frente y que recitaran la lección. Karl repasó el libro de texto para no cometer ningún error, y después de unos momentos, podía

leer: “B-a, ba, b-e, be, b-i, bi, b-o, bo, b-u, bu”.

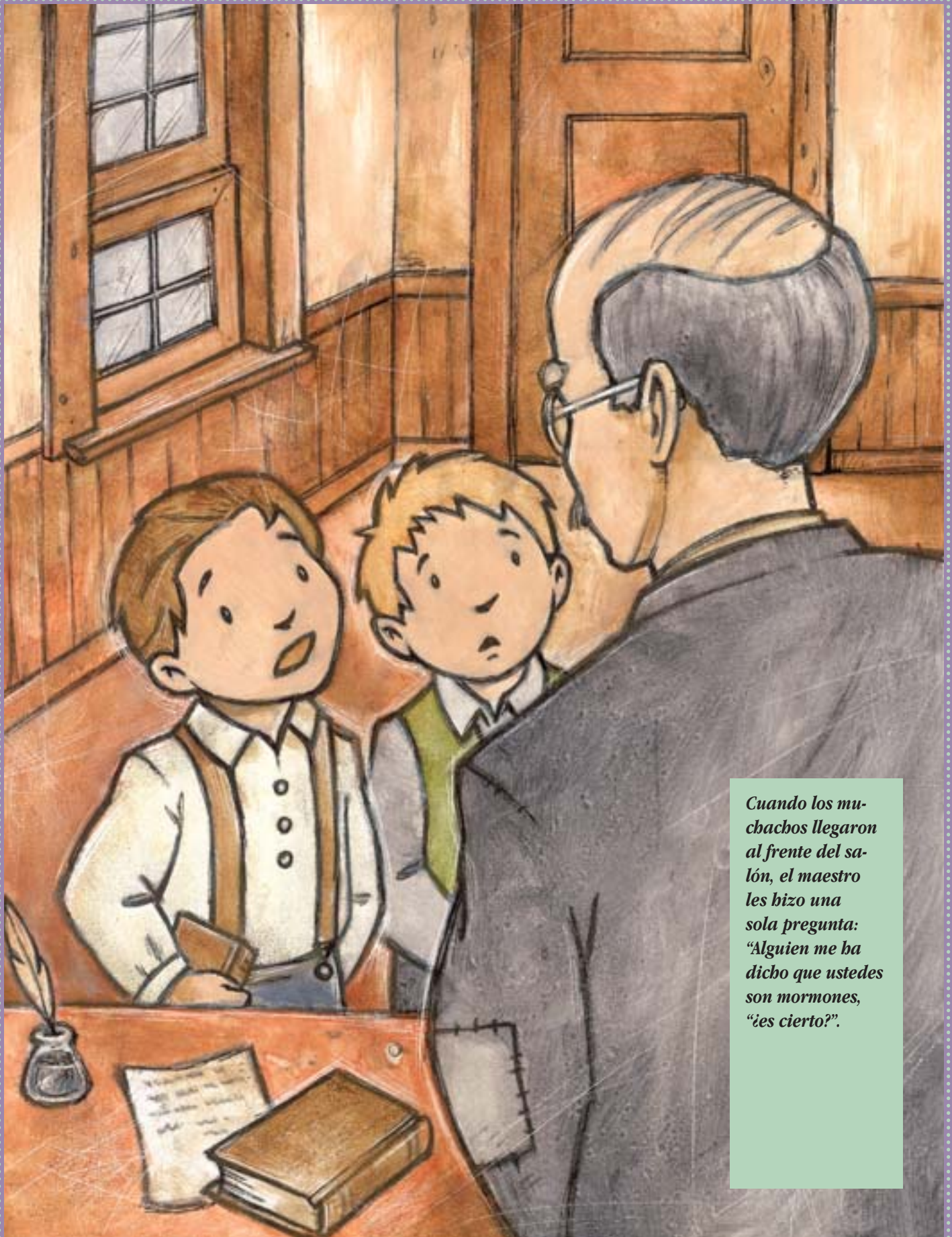
A la hora de la comida, él y Joey comieron junto al arroyo que corría cerca de la escuela y jugaron con los otros niños hasta que el maestro tocó la campana y los llamó para que entraran. Un vez que todos los niños hubieron tomado asiento, el maestro dijo dos nombres: “Karl Rytting y Joseph Hoagland, pasen al frente, por favor”.

Karl sintió como si tuviera un nudo en el estómago. No había tenido tiempo de estudiar sus lecciones de la tarde. ¿Y si se equivocaba? Pero cuando él y Joey llegaron al frente del salón, el maestro les hizo una sola pregunta: “Alguien me ha dicho que ustedes son mormones”, afirmó, “¿es cierto?”.

A Karl se le secó la boca y las rodillas le temblaban, pero, mirando fijamente al maestro, contestó: “Sí, es cierto”. Joey hizo lo mismo.

“Tendrán que irse a su casa; en nuestra escuela no permitimos que haya mormones”.





Cuando los muchachos llegaron al frente del salón, el maestro les hizo una sola pregunta: "Alguien me ha dicho que ustedes son mormones, ¿es cierto?".

SU MISIÓN A SUECIA

Karl Frederick Rytting se mudó a Utah con su familia en 1880. Trece años más tarde, regresó a Suecia como misionero y se encontró con su viejo amigo Joey, que en ese entonces era el élder Hoagland.

Esos primeros estudios que Karl realizó con su abuelo le sirvieron mucho en la misión. En una ocasión, fue arrestado y llevado ante un arzobispo y doce obispos de la iglesia nacional; lo interrogaron hasta que uno de los obispos dijo que era inútil tratar de engañarlo, ya que era “obvio que se sabía la Biblia de memoria”.



Karl trató de contener las lágrimas mientras recogía su chaqueta y la merienda, pero cuando él y Joey iban por el polvoriento camino, empezó a llorar.

Joey no tardó en dar vuelta por el sendero que conducía hasta su casa, y Karl siguió hacia la suya. Cuando abrió la puerta, su madre preguntó: “Karl, ¿qué pasa? ¿Por qué has vuelto de la escuela tan temprano? ¿Estás enfermo?”.

“No, mamá”, contestó Karl. “El maestro dijo que Joey y yo no podemos ir a la escuela porque somos mormones”. Sentía que se le iban a salir las lágrimas otra vez.

“Ay, Karl, cuánto lo siento”, dijo su madre, al momento que lo abrazaba. “Cuando nos bautizamos, sabíamos que algunas personas no lo entenderían; pero el Evangelio de Jesucristo vale cualquier cosa que tengamos que sacrificar”.

“Lo sé”, dijo Karl, que sollozaba sobre el regazo de su madre.

Entonces se oyó una voz desde el rincón de la habitación; era el abuelo Jansson, quien hacía dos años había llevado por primera vez a los misioneros a su

hogar. “Aún puedes aprender a leer, si es lo que quieres hacer”, dijo.

“¿Cómo puedo aprender a leer si no me permiten ir a la escuela?”, preguntó Karl.

El abuelo Jansson sonrió. “Yo te enseñaré”, dijo. “Leeremos la Biblia juntos; ¿te gustaría?”

“Me encantaría”.

El abuelo abrió la Biblia y le hizo una señal a Karl para que se colocara a un lado de su silla. Con el dedo señalaba las palabras a medida que las pronunciaba: “En el principio era el Verbo” (Juan 1:1).

“En el principio era el Verbo”, repetía Karl, fijándose en las letras. Después de todo, era un buen comienzo. ●



“Ustedes... van a necesitar mucha valentía: valentía para enfrentarse a la presión de los amigos, para resistir la tentación, para soportar el ridículo o el ostracismo, para defender la verdad”.

Presidente James E. Faust, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, “Las virtudes de las hijas rectas de Dios”, *Liahona*, mayo de 2003, pág. 110.



Padre Lehi, por Glen S. Hopkinson.

Después de que Lehi y Saríab hubieron dado gracias porque el Señor había librado a sus hijos de las manos de Labán, Lehi “tomó los anales que estaban grabados sobre las planchas de bronce y... vio que contenían los cinco libros de Moisés... [y] la genealogía de sus padres, por lo que supo que descendía de José... que fue vendido para Egipto” (1 Nefi 5:10–11, 14).



“Niños y jóvenes, que Dios los bendiga para que tengan oídos que escuchen y un corazón comprensivo.

Madres, que Dios las bendiga por la infinita magnitud de su amor y por toda la ayuda que dan al padre de sus hijos. Padres, que Dios los bendiga para que puedan cumplir sus enormes responsabilidades y brindar un cuidado paternal a cada uno de los que estén bajo sus brazos protectores”. Véase presidente James E. Faust, “El padre dedicado”, pág. 2.